

No. 9 • June 2012

El fracaso de la identidad masculina hegemónica en la *Historia del ejército de Chile*

The failure of hegemonic masculine identity in *The History of the Chilean Army*

O fracasso da identidade masculina hegemônica na *História del ejército de Chile*



CELINA TUOZZO

A Working Paper Series
on Latin American and
Caribbean Sexualities

Una serie monográfica
sobre sexualidades
latinoamericanas y caribeñas

Uma série monográfica
sobre sexualidades
latino-americanas e caribenhas

EDITORES/EDITORS

Eliane Borges Berutti

Departamento de Letras Anglo-Germánicas
Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Brasil

Rafael de la Dehesa

Department of Sociology, Anthropology, and Social Work
City University of New York-
College of Staten Island, USA

María Mercedes Gómez

Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales,
Universidad de los Andes, ColombiaCOMITÉ EDITORIAL/
COMISSÃO EDITORIAL/EDITORIAL BOARD

Violeta Barrientos Silva

Programa de Estudios de Género
Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

Jasmín Blessing

Center for Lesbian and Gay Studies,
City University of New York, USA

Mauro Cabral

Centro de Investigaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Gabriela Cano

Facultad de Filosofía
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

Sergio Carrara

Centro Latino-Americano em Sexualidade e Direitos Humanos
Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Brasil

Ebén Diaz

Red de Diversidad Sexual GLBTITI, Nicaragua.

Camila Esguerra Muella

Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Jacqueline Jiménez Polanco

Department of Social Sciences
City University of New York-
Bronx Community College, USA

Denilson Lopes

Escola de Comunicação
Universidade Federal do Rio de Janeiro, Brasil

Rita María Pereira Ramírez - Cuba

Jurista, investigadora, y documentarista
Habana, Cuba

Andrés Ignacio Rivera Duarte

Organización de Transexuales
por la Dignidad de la Diversidad, Chile

Angie Rueda Castilla, Mexico

Frente Ciudadano Pro Derechos
de Transgéneros y Transexuales, México

Marcela Sánchez

Proyecto Colombia Diversa, Colombia

Diego Sempol - Uruguay

Área Académica Queer Montevideo, Uruguay
Departamento de Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

Horacio Sívori

Centro Latino-Americano em Sexualidade
e Direitos Humanos
Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Brasil

Bruno Souza Leal

Faculdade de Comunicação
Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil

Juan Marco Vaggione

Consejo de Investigaciones Científicas
y Técnicas de Argentina (CONICET)
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Sexualidades is a publication of the Latin American Regional Editorial Board of the International Resource Network, a global community of teachers and researchers sharing knowledge about sexualities. The International Resource Network is funded by the Ford Foundation and based at the Center for Lesbian and Gay Studies of the Graduate Center of the City University of New York.

For further information about Sexualidades, contact the editors at sexualidades@hotmail.com or by mail or fax at: International Resource Network; Center for Lesbian and Gay Studies; Graduate Center, City University of New York; 365 Fifth Ave., Room 7.115; New York, NY 10016; Fax (212) 817-1567



www.IRNweb.org

© 2012

ISSN 1938-6419

CIAGS The Center for
Lesbian and Gay Studies

International Resource Network
A global community of teachers and researchers sharing knowledge about sexualities



El fracaso de la identidad masculina hegemónica en la *Historia del ejército de Chile*

Celina Tuozzo

Resumen

Durante la dictadura chilena (1973-1990) un conjunto de militares e historiadores construyeron, según una orden dada por Augusto Pinochet, una nueva historia del ejército chileno compuesta por once volúmenes que fue publicada por el Estado Mayor del Ejército. Este artículo se propone analizar desde una perspectiva crítica este texto para revelar cómo la institución intenta pero fracasa auto-representarse como dueño de una masculinidad hegemónica dentro de la matriz heterosexual tal como es concebida por Judith Butler.

Palabras Clave

Masculinidad, Militarismo, Chile, Teoría *Queer*

Sobre la autora

La autora egresó de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su Maestría y su Ph.D. en el Instituto de Estudios Latinoamericanos y el Departamento de Historia de la Universidad de Texas en Austin, respectivamente. Obtuvo su postítulo en Estudios de Género de la Universidad de Chile y se desempeñó como investigadora y profesora en la Universidad de Santiago de Chile (USACH) y la Universidad de Chile. Hoy es investigadora en el Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires y se desempeña como investigadora principal del proyecto EAP375 del Endangered Archives Program de la British Library con sede en la Fundación Simón Rodríguez, también localizada en la ciudad de Buenos Aires.

ESCRITURAS Y CONTEXTOS

El presente trabajo se inscribe dentro de la historia de Chile y el necesario ejercicio de analizar las instituciones militares para comprender complejos procesos políticos y sociales que han causado daños todavía sin recuperación ni justicia como es la dictadura militar entre 1973 y 1990. Para esto, el objeto de estudio es el texto denominado *Historia del ejército de Chile* conformado por once volúmenes y escrito por orden del dictador Augusto Pinochetⁱ. El texto fue escrito por un equipo compuesto por cinco militares, cinco historiadores de la Universidad de Chile y una periodista a cargo de las relaciones internas del ejército.

La *Historia del ejército* se presenta como un texto-monumento publicado por el Estado Mayor General del ejército entre 1980-85 y con el objetivo de difundirla exclusivamente entre los militares. Podemos considerarla como una obra de auto-representación de la institución desde las autoridades de la misma relatando la historia oficial desde la cual los diferentes miembros debían comprenderla y comprenderse. A estos once volúmenes los denominaré “el texto” con el fin de lograr una fluidez narrativa.

Este artículo ha sido inspirado por el excelente análisis que el estudioso chileno Hernán Vidal realiza de la misma obra. La obra de Vidal (1989) ha sido un instrumento invaluable para mi trabajo. Este estudio nos muestra cómo el ejército de Chile construyó un imaginario dentro del cual asume una identidad de casta en subordinación y, en consecuencia, en oposición al poder civil. El texto nos revela un ejército que, bajo la influencia de los Estados Unidos, quebró el orden democrático de una sociedad civil que, según la percepción de la institución militar, lo había sometido históricamente a una dominación constante. Si la masculinidad hegemónica se define por su relación con los otros hombres y quiénes de ellos detentan el poder, entonces, el ejército y su virilidad se quiebran frente a los civiles que han vulnerado su identidad masculina dominante.

Método y marco teórico

La metodología utilizada en este artículo es cualitativa y los métodos aplicados se basan en el análisis de la representación que impera en el texto y los otros introducidos para aclarar argumentos aducidos y también escritos por militares. Inqueriremos lo que es dicho y no dicho en el texto. Con este fin haré uso de la técnica del análisis de discurso según el texto de A. J. Greimas (1971). A esto sumaré el análisis de carácter histórico y de archivo.

En la interpretación teórica de este artículo utilizaremos centralmente los aportes de la teoría feminista representada especialmente por Judith Butler y Eve Kosofsky Sedgwick y sus aportes a la teoría queerⁱⁱ. *Queer* puede entenderse como la acentuación de una perspectiva que prioriza la afinidad y la solidaridad antes que la identidad (Marcus 2005). La identidad de género del ejército tal como se auto-representa en el texto estudiado descansa en una identidad sexual masculina que se construye como inmutable desconociendo las complejas identificaciones y diferencias que la socavan. La necesidad de construir una masculinidad en singular y sin cuestionamiento surge de lo que se ha denominado la hetero-normatividad o el dominio de la heterosexualidad incontestada que oculta a su mayor enemigo, la homosexualidad. Butler (1990) y Sedgwick (1985) han trabajado justamente la relación estrecha entre la heterosexualidad y la homosexualidad y cómo se definen mutuamente.

Sedgwick (1985) en su libro *Between Men*, distinguió el concepto homosocial del de homosexual. Si la heterosexualidad se trata de un intercambio de mujeres que forja los vínculos homosociales entre los hombres, lo que más va a preocupar a una sociedad así conformada va a ser la frontera entre lo homosocial y homosexual que ha sido siempre altamente patrullada y supervisada; “un sitio de contienda de poder, paranoica y violenta, en la moderna cultura occidental” (Marcus 2005: 198).

Por su parte, Butler (1990: 16-25, 49-50) construyó el concepto de matriz heterosexual dentro de la cual se generan las definiciones de género como identificación con lo mismo (masculino con masculino, por un lado, y femenino con femenino, por el otro) y deseo por lo otro (masculino por femenino y femenino por masculino). Esta matriz heterosexual construye estos géneros masculino

y femenino como normatividades que pueden ser subvertidas en tanto la norma de género depende y se construye en torno de aquello que excluye, en este caso la homosexualidad. Por lo tanto, como en el caso de Sedgwick, la relación fundamental no es la de masculinidad y feminidad sino la de homosexualidad y heterosexualidad.

La heterosexualidad va a imponer el dominio masculino y la relación homosocial al mismo tiempo que va a perseguir y acosar a la homosexualidad. El texto de la *Historia del ejército* se inscribe dentro de esta hetero-normatividad y desde un imaginario heterosexual. Entiendo a este último como “la manera de pensar que oculta la operación de la heterosexualidad en la estructuración del género e imposibilita cualquier análisis crítico de la heterosexualidad como una organización organizadora. El efecto de captar la realidad de esta manera es que la heterosexualidad circula asumida, ocurriendo naturalmente, y sin cuestionamiento... El punto de vista [dado por la] hetero-normatividad [se alza como] el criterio de los arreglos socio-sexuales prescriptivos y tomados como legítimos” (Ingraham 1994: 203-204). Pero, justamente, porque obedece a esta normatividad heterosexual, el texto se inscribe dentro de la matriz heterosexual que dicta la existencia de dos excluyentes identidades sexuales, la femenina y la masculina.

Es en este contexto que se debe interpretar este estudio crítico de la *Historia del ejército*. Es decir, en ningún momento, como otras teorías feministas y de género, proponemos un natural binarismo masculino y femenino ni una heterosexualidad y una homosexualidad que nos son dados como opuestos que organizan diferencias. Cuando utilizo el concepto de matriz heterosexual de Butler, lo hago en tanto se constituye como el espacio ideológico donde se va a construir el texto del ejército chileno. Si aplicamos los principios de oposición y conjunción del análisis de Greimas obtendríamos los siguientes ejes semánticos dentro de los cuales la oposición debe ser entendida:

Masculinidad vs. Feminidad
Eje semántico: diferencia sexualⁱⁱⁱ

Si subordinamos el segundo término al primero como es la consecuencia usual de la dicotomía del logocentrismo denunciado por Jacques Derrida, obtenemos la siguiente oposición:

Masculino vs. Femenino = -M (No Masculino)
Eje semántico: jerarquía de la diferencia sexual

Como afirma Michael Kimmel (2001: 33), este masculino es “la definición hegemónica de la hombría[:] un hombre en el poder, un hombre con poder y un hombre del poder”. En contraposición, lo no masculino va a representar “esta noción de anti-feminidad [que] yace en el corazón de las históricas y contemporáneas concepciones de la masculinidad ... definida más por lo que uno no es antes que por lo que uno es”. La masculinidad hegemónica no tolera “variaciones de raza, de clase, etarias, étnicas, o de orientación sexual”.

El texto de estudio lleva la marca de la masculinidad hegemónica que, de acuerdo a uno de los más destacados estudiosos sobre las masculinidades en Chile, José Olavarría (2000: 11), constituye una masculinidad que se impone a los hombres que deben ser personas “activas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, son los proveedores en la familia y su ámbito de acción está en la calle”, y se enfrentan con las mujeres, los hombres homosexuales, y los varones “feminizados” (Valdés y Olavarría 1998; Olavarría 2001). Estos grupos, estos hombres se imponen a las mujeres como a otros varones situados en menores jerarquías. Esto “lleva, entonces, a establecer relaciones de subordinación, no sólo de la mujer respecto al hombre, sino también entre los propios hombres”. Y si los hombres a los que se les impone el modelo hegemónico no lo respetan, “se exponen a ser estereotipados como no perteneciente al mundo de los varones, siendo marginados y tratados como inferiores, como ‘mujer’” (Olavarría 2000: 12).

El texto del ejército chileno va a presentar, inevitablemente, rupturas, subversiones a la norma de la masculinidad hegemónica, y a la relación homo-social entre los hombres. En este sentido resulta vital recuperar la definición de heterosexualidad dada por Sedgwick (1985: 118-119): la heterosexualidad involucra el miedo de la homosexualidad masculina que se re-canaliza a través de “la mujer”. La heterosexualidad, entonces, no solamente trata las relaciones entre los hombres y las mujeres sino y ante todo la relación con los otros hombres. Cuando los hombres definen a las mujeres como sus opuestos binarios es porque existe muy poca diferencia entre la masculinidad homosocial y la masculinidad homosexual. En este contexto es que funciona la diferencia de género entre dos polos, uno masculino y el otro femenino. Así, este trabajo intenta denunciar a la heterosexualidad como uno de los ejes que naturaliza y organiza la auto-representación del ejército en el texto. Su falta de cuestionamiento “refuerza el corriente orden y sus valores” e imposibilita

analizar “las maneras completas en que el género está atado a la heterosexualidad como institucionalizada y hegemónica... y como instrumental al capitalismo y al patriarcado” (Ingraham 1994: 209).

Ingraham define el concepto de género como funcional a la heteronormatividad dominante: “género o lo que llamaría ‘heterogéneros,’ es la estratificación asimétrica de los sexos en relación con las instituciones históricamente cambiantes de la heterosexualidad patriarcal. Reformulando al género como hétero-género pone de relieve la relación de heterosexualidad y género” (Ingraham 1994: 204). De manera similar, Dennis Sumara y Brent Davis (1999: 195-196) definen las identidades masculinas y femeninas como “acciones discretas de la identidad” entendidas en la matriz heterosexual. Pasan, entonces, a analizar “las mitologías culturales” en torno a lo que constituye la heterosexualidad desde la teoría queer, intentando, como afirma Deborah Britzman (1995: 68), “interrumpir las comprensiones del sentido común de lo que constituye el sexo, la sexualidad, el placer, el deseo y las relaciones entre éstas y las tecnologías para aprender sobre las diferencias y actuarlas”. De lo que se trata, entonces, es de analizar y denunciar el heterosexismo generalizado y la “omnipresente homofobia” (Sedgwick 1990).

Es desde esta homofobia que se construye la masculinidad hegemónica que, a su vez, impone el binarismo hombre/mujer propio de la matriz heterosexual concebida por Butler. Se trata de un modelo hegemónico discursivo y epistémico basado en la asunción de que los cuerpos requieren un sexo estable expresado a través de un género estable para tener coherencia y sentido: lo masculino expresa lo femenino, y lo femenino expresa lo masculino y ambos son definidos de forma oposicional y jerárquica a través de una práctica compulsiva de la heterosexualidad (Butler 1990: 151).

El “contrato heterosexual” de Monique Wittig, inspiró principalmente a Butler para concebir el concepto de matriz heterosexual. Este contrato produce, para Wittig (1979: 114), este binarismo masculino/femenino que, a su vez, “surge de una restricción binaria del sexo con fines reproductivos”. Y el género, por su parte, “constituye una episteme conceptual por medio de la cual se universaliza el sexo binario” que designa y califica a las personas. Así, Wittig demuestra que las personas dentro del lenguaje siempre son marcadas por el género “dando lugar a un concepto ontológico primitivo que impone en el lenguaje una división de seres en sexos”^{iv}. Esto, según Butler (1990: 21-22), lleva a la concepción “de que una persona es un género y lo es en virtud del sexo de ella o él”. El sexo entonces sirve como un “principio unificador del ser y mantiene esa unidad sobre y en contra ‘el sexo opuesto’... por lo tanto, uno es un género en tanto el otro no lo es, una

formulación que presupone e impone la restricción del género dentro de este par binario” (4).

Este binarismo femenino/masculino funciona solamente dentro de la matriz heterosexual y en una representación que excluye a otras identidades en tanto obedece a una política de la identidad específica (Butler 1990: 17). El texto analizado en este artículo se basa en una masculinidad hegemónica, expresada en un discurso de heterosexualidad institucionalizada que encierra al lenguaje, como afirma Wittig, por y con la marca del sexo. La bipolaridad masculino/femenino constituye, entonces, una construcción histórica, tanto socio-cultural como política. Analicemos estos conceptos en el intento de comprender su especificidad socio-histórica.

Contexto histórico de producción del texto

La bipolaridad que atraviesa el texto de los once volúmenes de la *Historia del ejército* es el producto histórico de lo que D. Savran (1992) denomina como “las políticas de masculinidad de la Guerra Fría”. Esta fue un fenómeno mundial que comprometió centralmente a las Fuerzas Armadas de América Latina; tanto más en el caso de Chile por el arribo del gobierno socialista de Allende al poder. Es más, el contexto de los libros de la *Historia del ejército* está dado por la Guerra Fría y la dictadura de Pinochet para luchar contra el comunismo. Escribe el texto: “La concepción internacionalista y antimilitar no podía ser aceptada por nuestras Fuerzas Armadas, pues los sectores comunistas y socialistas replantearon ‘la historia nacional, lesionando las, hasta entonces, consideradas sus glorias indiscutidas, incluso las guerreras’” (Estado Mayor 1980-85: IX, 33).

La posición anticomunista se acentuó después de la Segunda Guerra Mundial cuando las Fuerzas Armadas chilenas recibieron expertos, armamentos y enseñanzas de Estados Unidos a través del Pacto de Ayuda Militar (PAM) y el decidido alineamiento de Chile en el bloque occidental en contra de “exigencias e intransigencias” de la Unión Soviética (Estado Mayor 1980-85: IX, 74-94).

Desde este contexto, pasemos a analizar las políticas de masculinidad de la Guerra Fría que impuso con fuerza y “estricto control” “una división laboral rigurosa de acuerdo a los géneros y una correspondiente polarización de los ‘roles sexuales’ masculinos y femeninos” a través de la familia, utilizada como un mecanismo de vigilancia y disciplina “que inculcaría exitosamente estos ‘roles sexuales’ inescapables” (Savran 1992: 53). Así, la hegemonía de la Guerra Fría se impuso a través de la familia liderada por “el estereotipo predominante de la masculinidad” de ese momento, es decir, el hombre dueño de un trabajo adecuado, listo para ganar el sustento necesario para mantener a su familia y, así,

“privilegiando el sujeto activo, heterosexual y masculino” mientras “se vilipendiaba a las mujeres, los hombres gay[s] y las lesbianas” (35, 173).

El hombre protagonista de la masculinidad hegemónica de la Guerra Fría sólo conoce el éxito y es el héroe de la Segunda Guerra Mundial que, después de asegurar la democracia mundial, regresa para gozar del espacio doméstico con sus “paradigmas de la masculinidad y feminidad” que la familia se encarga de imponer y reproducir (Savran 1992: 2, 13).

El concepto que utiliza Savran es el de “la domesticidad de la contención” acuñado por Elaine Tyler May (1988) para referirse al aspecto privado y familiar de la teoría de la contención del comunismo y su expansión a nivel de las políticas públicas e internacionales. Dentro de las paredes de la casa, cualquier fuerza social potencialmente peligrosa debía ser dominada de tal manera que la ideología de la Guerra Fría y la revitalización de la domesticidad resultaban dos lados de la misma moneda. La casa, afirma Tyler May, es la arena donde se desestabiliza la subversión, en particular, la posibilidad de una activa sexualidad femenina. Savran (1992: 7, 41-2, 55, 86) amplía esta afirmación e incluye “el temor a afeminamiento” y “el pánico homofóbico” que permitieron “un nivel sin precedentes en la vigilancia de las prácticas sociales y sexuales” de los miembros de la familia y de “todas las organizaciones públicas”.

Es la familia la que se va a hacer cargo de afirmar “los roles sexuales y las relaciones de género” así como “dominar todas las revueltas” en una función que Elizabeth Roudinesco le adjudicara ya en el siglo XIX después de la fundación de la modernidad con la Revolución Francesa: la familia garantiza la moral que a su vez conserva el orden social a través del matrimonio o la unión monogámica y voluntaria de un hombre y una mujer (Savran 1992: 13; Roudinesco 2002: 42). Nace así lo que Roudinesco (2002: 38, 40) denomina “la nueva soberanía burguesa” que sexualiza “el lazo social” y pasa a imponer “la diferencia sexual—lo masculino contra lo femenino y a la inversa” en la historia de la familia.

El concepto de contención doméstica acuñado por Tyler May también es utilizado por Megan E. Abbot (2002: 7) en su estudio sobre las novelas de detectives escritas por Raymond Chandler y James Cain y los films noir. Abbot analiza lo que Olavarría llama masculinidad hegemónica como el “ideal de masculinidad que cotidianamente requiere de [los hombres] auto-disciplina, aspereza, autocontrol y mucha fuerza”. Otros dos requerimientos, aclara Abbot, son necesarios

para mantener este nivel de masculinidad idealizada: la capacidad de dirección en los asuntos públicos y el sacrificio del ego en aras de la comunidad y el bien mayor (5). Dos características centrales a la identidad del ejército. Sin embargo, existen diferencias entre el modelo de masculinidad hegemónica que surge a partir de la Guerra Fría y la identidad masculina que plantea el texto.

El ejército de Chile y la masculinidad hegemónica

La domesticidad que contiene a las mujeres dentro de la familia es para los militares su pertenencia al ejército incluso antes de la Guerra Fría. El ejército, la familia militar, va a imponer un mecanismo de vigilancia inculcando los roles, sobre todo el sexual, y la afirmación de lo homosocial versus el rechazo a lo homosexual o al varón feminizado. Así se describía al oficial chileno: “Siempre correcto en su traje, en sus maneras, siempre cuidadoso de su persona, pero sin incurrir en afeminamientos ridículos” (Estado Mayor: VIII, 33). Lo que la *Historia del ejército* castiga es la “degeneración civil” que era detenida por la contención de los militares dentro de la institución armada; los soldados y “su vida dentro de las murallas del cuartel, sin contaminarse con la política que bullía en el exterior”. Este aislamiento militar purifica y, a su vez, permite una cohesión entre los miembros componentes. Históricamente esto se dio “después de la Guerra Civil de 1891 [y] el plan de reformas iniciadas en 1885 por el Coronel Emilio Körner y los instructores alemanes especialmente contratados por el Gobierno de Chile. El Ejército concentrado en sus actividades profesionales, se fue progresivamente alejando de los vaivenes de la sociedad y de la política transformándose en un grupo social autónomo e incontaminado, refugio de la sobriedad y del orden cívico” (40).

Esta integridad sin tacha, producto del aislamiento, también impuso la soledad del ejército frente a una sociedad que no comprendía lo peculiar de la experiencia militar, facilitando la ingratitud de los civiles. El mayor Eduardo Aldunate Herman (1988: 93) escribe sobre este “hecho sintomático” en la historia, esto es, “el profundo desconocimiento de los móviles que guían a los hombres de armas, de las características que le son propias” y que conduce a los gobiernos civiles a “incitar” a los oficiales y sus tropas a entrar al juego de la política. En este sentido, el golpe militar que se inició el 2 de septiembre de 1973 y que fue denominado como “el ruido de sables” fue un malentendido. El general Carlos Saez (1933: ii, 69) escribe que “algunos han querido presentar el movimiento de Septiembre como un zarpazo lanzado a las arcas fiscales por los miembros de las instituciones

armadas. Ese, es un cargo rencoroso e injusto”. Porque, como explica el teniente Raul Aldunate Phillips (1969: 31), “los oficiales que fueron a las tribunas jamás imaginaron la trascendencia política de su valiente actitud”.

La incompreensión y la maledicencia de los civiles respecto a los militares los pone en una situación vulnerable frente a los políticos que lograban seducirlos para servir a sus intereses: La “Sociedad Militar”... desde hacía meses estaba realizando privadas, pero no menos agitadas reuniones... a las cuales ‘hacían discreta aparición políticos o periodistas contrarios a don Arturo [Alessandri, presidente de Chile]... que atizaban con disimulo la hoguera del descontento”. Lo que llevó, según *Historia del ejército*, a la condena de los jóvenes oficiales por gran parte del gobierno que, de hecho, debía castigar a los políticos y no a los militares (Aldunate Herman 1988: 88). Como víctimas de la falta de comprensión y como objetos de lo que Aldunate Herman denomina la incitación de ciertos grupos civiles, los militares pierden dos de las principales características de la masculinidad hegemónica: la fortaleza y el autocontrol.

Esta pérdida de masculinidad por parte del ejército va a expresarse en los libros y artículos escritos por militares en el lenguaje de resentimiento, como explica Vidal. Así, el teniente coronel retirado Alberto Polloni en su historia sobre las Fuerzas Armadas y su relación con la sociedad chilena, se expresa en términos de “una sensibilidad militar de la vergüenza”. Esta es una vergüenza que viene de la humillación que le impone el poder civil y que constituye un elemento crítico para entender a este ejército con su masculinidad cuestionada porque se auto-representa como pasivo, y, como veremos más adelante, mártir y víctima--características por excelencia de la condición femenina en la historia del occidente cristiano (Wyatt Brown 1988). La vivencia y lectura de los militares de su propia condición es la de un ejército chileno humillado que necesita ajustar cuentas con los civiles desde un sentimiento de inferioridad que debe ser compensado. Cuanto mayor es la vergüenza, más aguda la feminización, por lo tanto, más brutal la urgencia de recuperar la masculinidad amenazada.

La vergüenza de los militares constituye, según Vidal (1989: 87), la “radical experiencia colectiva de vergüenza de casta e inferioridad vividas frente a la ‘hegemonía civil’”. La “memoria institucional” militar se caracteriza, continúa Vidal, en un “cúmulo de sufrimiento causado por la vergüenza” resultante de las problemáticas relaciones entre las Fuerzas Armadas y el poder civil. Este “cúmulo de sufrimiento” justifica, en la conciencia militar, las intervenciones como los golpes de estado así como sus costos sociales y humanos.

De esta manera, Vidal (1989: 87) denuncia en la narrativa de la *Historia del Ejército*, la presencia de “la vergüenza que surge en un momento crítico de la vida, en que las circunstancias cuestionan y amenazan valores a los que el ser se ha aferrado por ser esenciales para su existencia como personalidad... Sin ellos el ser queda expuesto ante los ojos de la comunidad como ente fundamentalmente inadecuado, deficiente, disminuido”. Esto sucedió, como veremos, en ciertos períodos críticos de humillación del ejército frente a los gobiernos civiles como la Guerra Civil de 1891 y el parlamentarismo que se impuso a su término. Desde el punto de vista de un análisis crítico del género de la institución dentro de la matriz heterosexual antes analizada, resignifico esta “vergüenza” como la pérdida de la masculinidad por la subordinación de las Fuerzas Armadas ante las instituciones civiles. A mayor pérdida de la masculinidad tenemos una mayor feminización de la institución según la lógica binaria de la matriz heterosexual.

La masculinidad crucialmente cuestionada va a compensarse con una masculinidad exacerbada que, como explica Abbot, se refuerza durante la Guerra Fría con lo que Abbot (2002: 80, 87-8) llama “binarismos normativos de género”; “tradicionales” y “esperados” en la conducta masculina. El binarismo hombre-mujer garantiza dicotomías que prohíben cualquier posibilidad de combinación y confusión porque la alteridad teme la mezcla. De esta manera, las series binarias se constituyen y reconstituyen con el fin de imponer límites y borrar fronteras donde, como explica Sedgwick, se puedan encontrar y enfrentar diferencias frágilmente constituidas como el espacio de lo homosocial y lo homosexual.

Esta masculinidad hegemónica e idealizada propia de la Guerra Fría, tanto para Savran como para Abbot, presenta características que el texto de la *Historia del ejército* va a repetir pero con contradicciones para aquellos varones signados por una “vocación militar”. Cuando se analiza el discurso sobre el soldado se encuentra una constante: la centralidad del vínculo entre los hombres de armas con sus compañeros y superiores.

Lo específico y característico de esta vocación son: el espíritu militar, el espíritu de cuerpo, la cooperación, la tolerancia y la alegría del trabajo. El “espíritu de cuerpo” es un “cúmulo de sentimientos” como la cohesión “junto al jefe que los comanda”, y la “lealtad” para “crear, afianzar, y conservar la unión entre los hombres de armas”. Entonces, “el soldado... es incapaz de... traición o engaño”. “La cooperación”, implica posponer los intereses personales y los afectos familiares para “la cooperación” de la “camaradería fiel y solidaria”. “La tolerancia” es no caer en “pequeñas disensiones que puedan separar a los hombres [porque] lo grandioso es marchar siempre juntos”. Mientras que “la

alegría del trabajo... mitiga las frustraciones, estrecha la amistad, unifica los esfuerzos, disipa las pasiones y no permite que las congojas nos abrumen”. Similarmente, “la camaradería [es] entendida como el afecto que prende entre personas empeñadas en una tarea común” (Estado Mayor 1980-85: X, 180-82). He aquí algunas de estas palabras que definen la vocación militar:

Expresiones que caracterizan al soldado
“compañerismo”
“cúmulo de sentimientos”
“junto al jefe que los comanda”
“incapaz de... traición o engaño”
“posponer los... afectos de la familia”
“marchar siempre juntos”
“amistad”
“afecto”

Estas expresiones se refieren a afectos y emociones que llevan, incluso, a posponer los amores familiares para dar prioridad al amor que se tiene por el ejército, el jefe y los compañeros a los que se vuelve imposible traicionar o engañar. Esta esfera emocional que resulta acentuada en el soldado se contrapone a la masculinidad hegemónica que compite en un mercado donde los hombres compiten. Así, “el compañerismo”, “el afecto” y “la amistad” entre los soldados se oponen al individualismo opuesto al rival. No hay unión, ni sacrificio, ni mucho menos lealtad, sino una relación homosocial que excluye todo vínculo sentimental entre los hombres. La masculinidad de la *Historia del ejército* presenta grandes diferencias con la hegemónica:

Masculinidad hegemónica vs. masculinidades en el texto

Masculinidad hegemónica	Virtudes propias del soldado en <i>Historia del ejército</i>
“emocionalmente controlad[o]s”	“cúmulo de sentimientos”
Heterosexuales con familia	“posponer los... afectos de la familia”
“su ámbito de acción está en la calle”	Aislamiento en el cuartel y el aislamiento: “el elemento más valioso para que la existencia del Ejército esté inmune a contagios morbosos”
Competitividad	“compañerismo” y “amistad”
Racionalidad	“afecto”
“acumulación de capital”	Austeridad
Individualidad	“sacrificio”

Ejercicio del poder Jerarquía y cohesión “junto al jefe que los comanda”

La contradicción entre la masculinidad hegemónica y la que construye en su auto-representación el ejército radica centralmente en la jerarquía que define la característica principal del soldado: la obediencia. Se obedece sin dudar al jefe que se alza en el principio de orden, en la vértebra de la institución militar ya que sin él “entra la confusión, cunde el cansancio físico y mental”. El jefe “tiene alto el espíritu, serena la mente, firme el ánimo y músculos fuertes”. Su valor “se propaga como una corriente magnética, sacudiendo a los temerosos e indolentes e irradiando, a todas partes, su formalidad energía vital... La victoria es obra suya, ya que personalmente es el artífice del triunfo, como también resulta culpable del trabajo” (Estado Mayor 1980-85: X, 185). Esta centralidad del jefe que concentra el poder sobre sus subordinados cuestiona la masculinidad de estos porque el poder es el eje en torno al cual se organizan y estructuran las relaciones de los hombres: “la masculinidad significa poder—sobre las mujeres, sobre otros hombres”. Por esto, el acceso diferencial al poder cuestiona la experiencia de la masculinidad hegemónica que se vuelve una masculinidad defensiva para prevenir sentirse emasculados. La obediencia incuestionable a un jefe que monopoliza el poder sobre sus soldados debe compensar “estos miedos” y “esta profunda vergüenza de que son no masculinos y van a ser expuestos por otros hombres”. Esta compensación es lo que Kimmel (2001: 39) denomina la “virilidad del racismo, sexismo, [y] homofobia”.

El ejército como la raza fundante

Ante la amenaza a la masculinidad del ejército, y la percepción de tal vulnerabilidad por terceros, la *Historia del ejército* ensaya una “secuencia de posturas” defensivas a nivel narrativo, ideológico e histórico. La primera consistirá en fundar su masculinidad como diferente y superior al resto de la sociedad, asumiendo la identidad de una raza única. Las vivencias del cuerpo militar como históricamente inferior e injustamente menospreciado por los gobiernos civiles se compensarán con la formación del ejército como una raza y un linaje fundados antes del surgimiento de la nación misma. ¿Cuáles eran las características que el ejército como raza fundante de Chile heredaba a la nación?

El pueblo de Chile es “guerrero descendiente de españoles y mapuches” porque según la *Historia del ejército* la composición de la “raza” chilena surgió

de la mezcla de la sangre araucana y de la sangre de los conquistadores españoles: “Amalgama [que] se efectuó en el crisol de la guerra [y] conformó un espíritu de raza, del cual el chileno heredó virtudes militares que son la esencia de la nacionalidad” (Estado Mayor 1980-85: I, 23-25; Vidal 1989: 30-31). De tal manera que “ser patriota” implica “diferenciarse del civil” porque el “ser” y la “conciencia” criollas son militares desde los orígenes (Estado Mayor 1980-85: I, 20, 54-55). El ejército se construye, así, no sólo como “la raza fundante”, sino como la única institución que puede salvar a la patria de la “degeneración civil”.

Pero, ¿qué se debe entender por “raza” militar y por “degeneración racial”? “La invasión... de nuevos sectores sociales [clase media y trabajadora], se va a expresar en el diagnóstico de un organismo social enfermo”, víctima de la “degeneración de la raza chilena”. Los conceptos de “raza” y “degeneración racial” fueron introducidos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en Chile por la influencia del sociólogo francés Gustave Le Bon que es considerado como uno de los autores de mayor impacto en América Latina. Escribía Le Bon: “Cada raza tiene una constitución física tan marcada como su constitución anatómica, las características psicológicas se transmiten regular y fielmente por herencia. Este conjunto constituye lo que en justicia puede llamarse ‘el carácter nacional’” (citado en Estado Mayor 1980-85: I, 100, nota 15). Escribe el historiador chileno Bernardo Subercasaux (2007: 33-34) que Gustave Le Bon (1841-1931) fue el darwinista social más leído y citado en América Latina.

Las razas para Le Bon, tienen, a partir de su componente biológico, una constitución mental, un alma, y, por ende, poseen características intelectuales y morales que son las que en definitiva van a determinar la evolución de un pueblo. Le Bon era médico y se aproximaba a las ciencias sociales como un diagnosticador de continentes enfermos... Leído con fruición en Chile, fue el principal difusor de la teoría de que la historia y el devenir de un país depende, más que de sus instituciones, de su carácter y de su raza.

En ese período de cambio de siglo, la identidad, en este caso, la nacional, consistía en un concepto esencialista, con “características psicológicas y físicas que se transmiten por herencia de tal manera que el alma nacional estaba definida en términos raciales”. Este es un principio unificador, una totalidad cerrada en torno al eje nación. En el caso del ejército como raza única y “fundante”, tal principio construyó la nación chilena. La expresión “fundante” también podía comprenderse en términos de “las políticas estatales”, por “la direccionalidad hacia la sociedad, y la intención de modificarla” (Fuentes y Ansaldi 1994: 197; Chanady 1994). Cuando se promulgó

la Constitución de 1833, el general y presidente de Chile Joaquín Prieto se comprometió con el pueblo a no dejarlo caer en las “variaciones” de la política que los capturaba en “inquietudes”. De tal manera que en cada golpe de estado, en cada violación del juramento de defensa de la democracia, en fin, “cada vez que el Ejército ha desempeñado funciones de carácter gubernamental, lo ha hecho por... un irrestricto amor a la Patria”. Esto es así porque “la Institución siempre sabrá defender lo más genuino y puro de nuestra nacionalidad” (Estado Mayor 1980-85: X, 44-45). Así, cuando la degeneración civil impide el desarrollo de la patria, la raza militar fundante retoma su dirección

Martirologio

La *Historia del ejército* ensaya otro recurso para superar una historia que amenaza la masculinidad hegemónica que pretende. Se trata del martirologio de un ejército que sufre vergüenzas y humillaciones por decisiones equivocadas del poder civil. He aquí un claro ejemplo del ejército que sufre porque fue víctima de malas políticas.

En 1886 se desató en Chile una epidemia de cólera que llegaba desde la Argentina. Para evitar el contagio, se apostaron piquetes militares en la cordillera con el fin de impedir el paso hacia Chile pero la gente desobedecía causando muchas bajas entre los militares. Explica el texto que “el Ejército pagó su tributo perdiendo a muchos de sus miembros” porque “el personal civil... rehuía” sus deberes en contraste con los “abnegados hombres del ejército” (Estado Mayor 1980-85: VII, 77).

La historia de la humillación del ejército bajo el poder civil sufrió uno de sus momentos más dramáticos durante la Guerra Civil en 1891. El presidente, José Manuel Balmaceda, se enfrentó al Congreso que se sublevó para defender sus intereses. El ejército “estuvo desde el primer momento con el Presidente constitucional” aunque sin asumir “una posición política” dada “su natural y doctrinaria distancia hacia la cosa política” (Estado Mayor 1980-85: VII, 96). Lo que no impidió que militares como el mismo Körner, Estanislao del Canto y el después presidente Jorge Montt se sumaran a los rebeldes y su agenda política (VII, 128-73). Sin embargo, el texto no presenta estos hechos como políticos y los narra con una ausencia notoria de juicios de valor.

La *Historia del ejército* vuelve a la guerra civil en un capítulo más del martirologio desde el que se auto-representa la institución. Así, relata que el ejército derrotado, obediente al presidente electo, fue víctima de saqueos, asesinatos, incendios, aprehensiones y enjuiciamientos arbitrarios (Estado Mayor 1980-85: VII, 165-66, 171)^v. A esto se sumaba el conflicto dentro del mismo ejército producto de los “resentimientos derivados de la Guerra Civil de 1891”. Es que “del conflicto

civil surgió una generación de jefes y oficiales no profesionales, ascendidos por razones políticas, que se hicieron cargo del alto mando, en perjuicio de aquéllos que eran del Ejército de Línea”. Tal injusticiadeterminó la humillación y pérdida de su lugar en el ejército de los militares más representativos de la institución. Sin embargo, “las necesidades de encauzar al Ejército en sus antiguos moldes contribuyó a la vuelta a las filas de gran parte de la oficialidad de carrera, que se encontraba dada de baja y, poco a poco, la normalidad se abrió paso para bien de la institución si bien es cierto que estos oficiales debieron en muchos casos, sacrificar su grado y empezar en jerarquías inferiores”. Esta capacidad de auto-sacrificio por parte del ejército de línea no encontraba par en “la oficialidad proveniente de la Guerra Civil [que] que pronto abandon[ó] la vida militar y regresaron a las actividades civiles” (VII, 177, 325-26).

Después de la Guerra Civil, se abrió un capítulo nefasto para la *Historia del ejército*, “la República parlamentaria, surgida después de la Guerra Civil de 1891, se distraía en el juego político... La ciudadanía veía con malos ojos esta constante pugna política, que atrasaba el despacho de urgentes asuntos de Estado y de leyes que beneficiaban al pueblo, poniendo en peligro la estabilidad social” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 17). Entre estas leyes que esperaban sanción en el Congreso estaban las de ascenso de los oficiales medios y las de aumento de los sueldos militares. Entre las quejas figuran privilegiadamente las demandas para aumentar los sueldos, incrementar el ritmo y número de las promociones, y el rol de cooperar con el cohecho: “los militares demostraron palmariamente su desagrado frente a esas elecciones... las cuales eran una farsa, en donde el cohecho tenía un peso abrumador e incontrarrestable y en la que la compra de votos se hacía en forma abierta y repugnante” (VIII, 208-9).

Antes del golpe de septiembre de 1924, cuando los oficiales se manifestaron en el Congreso en contra de los políticos, comenzó a difundirse un Manifiesto con las demandas del ejército. Los oficiales dejaron constancia de su sentimiento de impotencia ante las decisiones de los civiles y se quejaban de servir a una “política gangrenada” que demandaba una “cirugía” inmediata. El que blandió el bisturí fue “el hombre fuerte de Chile”, “el árbitro y el ordenador”, que encontró a “la República, y a sus instituciones fundamentales, fuera de quicio y rotos los resortes del mecanismo estatal, deprimida la moral pública y el espíritu cívico”. Carlos Ibáñez fue quien “arregló con firme mano lo reparable... reavivando la conciencia de nuestro valor como Nación y como

raza”. Solamente la crisis de 1929 puso fin a su gobierno y renunció con el único fin de “evitar desórdenes internos que derivarían en derramamiento de sangre” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 208-9).

Cuando presentó su renuncia indeclinable, narra el texto, “solamente sus compañeros de armas lo comprendieron y con los ojos nublados, pálido, pero erguido y tranquilo” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 299-300; Vidal 1989: 48, 89-90). Ibáñez es la figura militar del martirio sufriendo lo que el ejército estaba acostumbrado a padecer como institución: el aislamiento, la incompreensión y la ingratitud colectivos. Restaurando peculiaridades propias de la masculinidad hegemónica, Ibáñez redime a la casta militar y paga su sacrificio en silencio. Presentó voluntariamente su renuncia en el mayor control de sus emociones, y el rigor de la auto-disciplina. Sugerimos que con Ibáñez, el mártir de la *Historia del ejército* llega a cierta santidad gracias a su “concepto del deber, su ascendiente moral, su capacidad intelectual y su vida personal, sobria y sencilla” (VIII, 304).

El ejército y los otros

El texto desde la pretensión de una masculinidad que es cuestionada va a compensarse a través de la virilidad racista, sexista y homofóbica que construirá alteridades representadas con desprecio. En su lucha por alzar como modelo la propia masculinidad, la Historia del ejército va a debilitar y cuestionar las virilidades de los otros. Con el fin de identificar a estos otros y clarificar su papel en el texto vamos a utilizar el análisis estructural. Los dos ejes que seleccionaremos serán la capacidad militar y la capacidad de auto-sacrificio. Estas son las dos virtudes que caracterizan a la masculinidad militar en tanto la primera define la virilidad del poder, y la segunda revela la vocación militar Este es el resultado:

Los mapuches (A-+)

Con alta capacidad guerrera, los mapuches, se entregaron al caos de la guerrilla contra el gobierno

		+y= capacidad bélica	
	A-+ Mapuches	B++ Fuerzas Armadas	
-x=incapacidad de auto-sacrificio	D-- Clase dirigente Partido Comunista Alteridades	C+- Balmaceda Alessandri	+x= capacidad de auto-sacrificio
		-y= Incapacidad bélica	

chileno, en este sentido carecen de cualquier capacidad de sacrificarse por el bien de la nación. El relato del texto sobre la invasión a la tierra de los mapuches en el siglo XIX figura bajo el nombre de “La Pacificación de la Araucanía”. En la *Historia del ejército* resalta el contraste entre el hombre militar luchando por la patria en contra de “los indios rebeldes” que actuaban en busca del “botín”. La disposición caótica versus la disciplina del ejército como vemos en la siguiente tabla:

El Ejército y los Mapuches

Ejército	Mapuches
“La civilización”	“Vida semi bárbara y violenta”
“progreso material de los pueblos”	(- retraso)
“seguridad de los pobladores contra las gavillas de bandoleros”	“protección que los indígenas les brindaron [a los bandoleros] por considerarlos enemigos de los huincas”
“militares... para poner coto a la incursiones indígenas o a las correrías de los bandoleros”	“facinerosos” “forajidos”
“tales desmanes daban mucho trabajo a los comandantes militares quienes... debían enfrentar a estos desalmados que... eran difíciles de reducir y sabían enfrentar con valor a los soldados”.	“inseguridad” “robando” “desmanes”

La incorporación de los mapuches a la nación, según el texto, fue obra del ejército. La nacionalización de los “elementos díscolos” también fue obra “las escuelitas rurales [que] se vieron pobladas de indiecitos”, o a “la presencia de los padres capuchinos y franciscanos [que] se establecieron para evangelizar e instruir a esa masa indígena que ahora se incorporaba a la República”. Así, concluye el texto con optimismo, “desde esos días de 1883, los territorios de Arauco y sus habitantes, los mapuches, se han incorporado al quehacer nacional, formando un solo pueblo y un solo país” (Estado Mayor 1980-85: X, 93-94, 101; VII, 265).

Algunos civiles como J.M. Balmaceda y A. Alessandri (C-+)

Si bien civiles, y en tanto esto, carentes de cualquier vocación militar y capacidad guerrera, estos hombres demostraron un alto espíritu de sacrificio para la grandeza nacional. Balmaceda trató de salvaguardar un ejecutivo fuerte frente a un congreso dividido en la búsqueda del

propio interés cuando Chile necesitaba tal centralización. Pagó con su vida la desobediencia de los políticos. Alessandri, “como todo gran hombre en la historia... captó en forma admirable la nueva corriente espiritual de la época, el sentido social que pugnaba frente al espíritu liberal individualista, que había logrado su culminación en el régimen parlamentario”. (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207). Sin embargo, la carencia de vocación militar de ambos los condenó al fracaso.

Clase dirigente, Partido Comunista, Alteridades (D--)

Carentes de la capacidad de auto-sacrificarse y de cualquier tipo de capacidad militar, estos protagonistas de la abyección son los enemigos de la nación y, por lo tanto, del ejército y las Fuerzas Armadas.

La clase dirigente desde antes de la Independencia y después de ella subordinó política y económicamente al ejército y creó una situación donde imperaba el arbitrio. Es esta clase ante todas la que ha devorado al ejército con sus “apetitos de los políticos” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 81-100). Esta clase dirigente se alza como única dueña de la masculinidad al ser la clase en el poder, con poder y del poder, en términos de Kimmel (2001: 33). Los militares son los cautivos de este grupo que posee el poder, la fortuna, el status social, la tradición y la historia. No son pocas las expresiones del rechazo de los militares a esta elite civil. Escribe, por ejemplo, el general Tobías Barros Merino: “¿por qué formar esa clase privilegiada, que se llama el Señorito, que compra con un puñado de monedas (que ni siquiera son el fruto de su trabajo sino el privilegio de la herencia) la vida de sus conciudadanos?” Esta clase privilegiada en el siglo XIX, sometió a los militares a su arbitrio aunque el ejército triunfara en dos guerras como la de Independencia y la del Pacífico. En síntesis, durante el siglo XIX e inicios del XX, la *Historia del ejército* expone una “carrera militar mal rentada” y “llena de sacrificios y durezas” a la que se incorporaban a conformarla los que “no eran siempre los mejores elementos” (VII, 17-18, 23, 29-30, 41-43, 56-57, 60-63, 72-76).

Con el fin de desacreditar el protagonismo de esta clase social, la *Historia del ejército* sitúa al mismo en los orígenes de la conformación de la raza chilena, es decir, en existencia previa al surgimiento de la oligarquía comercial latifundista propia de la colonia y del periodo posterior a la Independencia. A esto se sumó la constante acusación en contra de esta elite de mantener en la pobreza a los miembros del ejército, de decidir los ascensos por favores personales y de condenar a la institución a una función subordinada a los intereses de clase de estos “señoritos”. El texto los denomina “pequeños círculos oligárquicos” caracterizados por un “espíritu liberal individualista”. Su derrota empezó

con el surgimiento de las clases medias y los gobiernos de Alessandri e Ibáñez (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207-8).

Para el ejército de Chile, en su texto de auto-representación, la historia en contra del comunismo se inicia a fines del siglo XIX con “los orígenes del movimiento sindical chileno” y “la actividad subterránea” de las dos ideologías que, según el texto, lo precedieron: la socialista y la anarquista. Citando al mismo historiador Gonzalo Vial, la *Historia del ejército* afirma que para el anarquismo y el socialismo, las “Fuerzas Armadas” eran “un enemigo al que debían combatir porque, en los hechos, eran el gran obstáculo que se interponía entre sus propósitos de destruir la sociedad y su efectiva realización” (Estado Mayor 1980-85: IX, 32).

De esta manera, la subjetividad que irá construyendo el ejército es el hombre que se enfrenta a su enemigo para salvar a la dama, es decir, la nación chilena.

Esta masculinidad salvadora, resguardo de la chilenidad y de la pureza de la raza, generó una identidad que se creyó poderosa desde la autoconciencia de constituir una casta moralmente superior. Esto permitió a las Fuerzas Armadas chilenas la ansiosa recepción de la denominada Doctrina de Seguridad Nacional. La Doctrina reforzó la percepción de la unicidad de la raza militar y su “misión” histórica de salvar a la raza chilena de sí misma y de los enemigos: “La Doctrina de Seguridad Nacional redefinió los roles de las fuerzas militares en función de la polaridad este-oeste... Tales nociones apuntaban a fortalecer las desconfianzas respecto de cualquier tendencia crítica del alineamiento hemisférico”, en particular, “los partidos marxistas existentes [que] pasaron a ser el ‘enemigo interno’” (Valdivia 2003: 27-8).

Cuando la falta de orden y control provenía de la misma institución como escribe Körner: “El Ejército, lejos de ser una mezcla de todas las clases de la sociedad, se componía de las personas que no tenían capacidad o vocación para otra ocupación... Era corriente la bebida y el juego además del vicio de la ‘camaradería’ -convivencia con mujeres sin mediar matrimonio... y la corrupción habría sido total si no hubiesen existido castigos en la forma más brutal, con bastón -hasta 200 golpes- y grillos”^{vi}.

Con el fin de borrar el pasado y recrearse, las Fuerzas Armadas y sus instituciones periféricas, o, coyunturalmente funcionales a las mismas, y los historiadores y co-autores de la *Historia del ejército* (por ejemplo, Julio Heise González de la Universidad de Chile, y Ximena Rojas Valdés de la Universidad Católica) comenzaron a publicar un torrente de libros como instrumentos de misión, redención y resurrección.

En este contexto, la necesidad de reconstruir la historia también sirve para recrear una masculinidad hegemónica cuestionada. Esta masculinidad en la Guerra Fría se va a asentar en un doble proceso. Por un lado, se produce una inversión donde la víctima que se encuentra en peligro es la nación que se vuelve vulnerable porque carece de fuerza moral. Por otro, las Fuerzas Armadas, en posesión de esa integridad, se alzarán como los únicos miembros de esta sociedad listos a liderar esta cruzada y defender a Chile del comunismo. La guerra subversiva, afirma la *Historia del ejército*, transformó a la institución militar en “el último sector social jerarquizado ... el último núcleo de resistencia, con vigor y vocación, contra la disolución social” (Oehling 1977: 18).

Según el texto, las Fuerzas Armadas no surgieron como líderes solamente por su superioridad, sino por la “notoria falta de capacidad” de los civiles que carentes de capacidad bélica y del poder de trascender el propio beneficio, pierden hombría frente a la institución militar que se alza predominantemente masculina en su capacidad “ejecutiva” de dar mandatos “indiscutidos e indiscutibles”. En oposición, los civiles “adopta[n] sus decisiones de una forma más lenta y laboriosa... verbosa y a menudo inepta”, en fin, propia de un sector “indolente”. De esta manera, desprovistas de la “veleidad” propia de los políticos, las Fuerzas Armadas reemplazan en su protagonismo al poder civil concebido, como las mujeres coquetas, “volubles y cambiantes”, inmersos “en un juego sucio, incierto y nada propio de caballeros” (Oehling 1977: 226-30).

Esta afirmación de la masculinidad hegemónica va a crecer hacia la violencia. Esta violencia resultaba tanto de la percepción de los militares a partir de la Doctrina de Seguridad Nacional, como de la construcción cultural normalizada de la masculinidad en América Latina y en Chile donde “el aprendizaje por los hombres de la violencia en la vida [constituye] una forma de valoración de la masculinidad y de restablecer el honor y el status” (Liendro Zingoni 1998: 132). Es decir, “la función social redentora de la aplicación de violencia militar a la sociedad civil” en términos de Vidal (1989: 125).

El ejército, las mujeres y los homosexuales

Las políticas que se dieron bajo la influencia de Ibáñez o directamente bajo su gobierno en relación a la prostitución exhiben la intención de controlar a estas mujeres que, como explicaba Körner, formaban parte vital del ejército sobre todo teniendo en cuenta que Chile constituía una sociedad habituada a las prostitutas

e incluso toleradas. Sin embargo, en octubre de 1925, poco después de la renuncia de Alessandri y su partida de Chile, es decir, cuando el país se encontraba ya bajo el poder de Ibáñez, se dictó un Código Sanitario que, en relación a la prostitución aplicaba “severas sanciones para rameras y proxenetas” (Vera Sánchez 2004: 15).

La voluntad de Ibáñez de contener y castigar a este fenómeno social volvió a manifestarse cuando se promulga el 15 en mayo de 1931, un nuevo Código Sanitario. En su artículo 73, el Código establecía que “para las personas que se dedican al mercado sexual, se llevará una estadística sanitaria, no permitiéndose su agrupación en prostíbulos cerrados o casas de tolerancia. La vigilancia del cumplimiento del inciso precedente corresponde a las Prefacturas de Carabineros, las que podrán ordenar la clausura de los locales en que funcionan dichos prostíbulos” (Vera Sánchez 2004: 16).

Estas medidas de Ibáñez en contra de las prostitutas refleja la política pública de represión en contra de estas mujeres cuya conducta quedaba suelta y amenazante en las calles y campos de Chile, es decir, fuera de la contención de la domesticidad que ya hemos analizados al inicio del artículo. El fracaso de esta política demuestra hasta qué punto la prostitución se había establecido en las sociedad, regida por la “degeneración civil”, antes de la asunción al poder de los militares.

Este rechazo de Ibáñez a las prostitutas, tuvo su contraparte en el rechazo violento en contra de los homosexuales. La *Historia del ejército* en su halago y admiración a Ibáñez niega la persecución de sus enemigos políticos así como la tortura y el asesinato en masa de los opositores del régimen. Sin embargo, bajo su gobierno sucedieron los denominados “fondeos” de los enemigos de la patria como los comunistas y los homosexuales que eran arrojados al océano para que se ahogaran en el mar^{vii}.

Uno de los más destacados actores, directores, coreógrafos y autores de Chile, Andrés Pérez estrenó su última obra *La Huida* junto a su compañía Gran Circo Teatro, escrita, dirigida y protagoniza por él. El texto gira en torno a la persecución, tortura y asesinato de los homosexuales durante el gobierno de Ibáñez. A nivel de fuentes, el artista se basó en historias orales realizadas en la zona desde donde partían los barcos que arrojaban a los hombres apresados al mar^{viii}.

Conclusión

En el texto, dos de las realidades que surgieron del cruce de los dos ejes seleccionados son ambivalentes. Los mapuches (A+-) y los civiles excepcionales, como

Balmaceda y Alessandri (C-+), poseen una de las virtudes que conforman la masculinidad hegemónica trazada por el texto. En el caso de los mapuches, su innata capacidad para la guerra, sin embargo, no se auto-sacrifican por el bien de la nación chilena sino que se enfrentan a los huincas buscando la satisfacción de sus propios intereses. En el caso de los presidentes Balmaceda y Alessandri si bien contaron con la capacidad de auto-sacrificarse por el bien de la nación, ninguno de los dos contaba con el poder de mando que alcanza su máxima expresión en la capacidad militar o guerrera.

Otra realidad (D--) es el terreno de lo abyecto en tanto el partido comunista, las clases dirigentes y las alteridades como las mujeres, los varones afeminados y los homosexuales encarnan a los enemigos internos de la patria. Esta realidad teórica fracasa cuando la comparamos con la realidad manifiesta en tanto no hay evidencia de la incapacidad militar de la clase dirigente o del partido comunista, ni de la incapacidad de auto-sacrificarse por la nación por parte de estos y las alteridades antes mencionadas. De hecho, la única razón por la que se castiga a las alteridades, apenas mencionadas en el texto (si es que lo fueron como en el caso de los homosexuales), radica en la homofobia como expresión de la amenaza que la homosexualidad ejerce sobre un grupo como el ejército en el que el vínculo homosocial, como hemos visto, impera sobre todos los demás.

La otra realidad teórica (B++) que no se sostiene como realidad cuando comparada con la realidad manifiesta es la capacidad bélica y de auto-sacrificio propia, según el texto, del ejército chileno. La violación sistemática de los derechos humanos, la alianza de Pinochet con políticos de derecha, los beneficios económicos de los militares en el poder se contracondicen con la capacidad de auto-sacrificio exaltada en el texto. Su capacidad bélica no se demuestra en las persecuciones, la tortura y las desapariciones de los civiles. Sin embargo, el problema central radica en la identidad sexual del ejército en el texto.

La *Historia del ejército* describe la constante tensión en su relación con el poder y la sociedad civil Y si bien no corresponde a este trabajo establecer una relación causal entre la masculinidad vulnerada del ejército y el ejercicio de una violencia extraordinaria que nos recuerda la masculinidad racista, homofóbica y sexista de Kimmel, por el momento y como palabras finales, recordemos que el texto es cautivo de la matriz heterosexual que denunció Butler, y se encuentra marcado por un sexo, en términos de Wittig, que pretende ser masculino. El análisis discursivo revela que este sexo es constantemente vulnerado y, como

tantos otros grupos de hombres, el ejército fracasa en alcanzar la masculinidad hegemónica. Por el contrario, históricamente la institución ha percibido a su masculinidad altamente cuestionada, lo que es peligroso para una institución donde lo homosocial fácilmente puede volverse homosexual por el aislamiento y cercanía entre sus miembros. ■

Bibliografía

Abbot, Megan E. 2002. *The street was mine: White masculinity in hardboiled fiction and film noir*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

i. Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*, 11 vol., (Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1980-1985). A lo largo de este artículo, utilizaré como equivalentes ya “ejército”, “institución militar” y “Fuerzas Armadas”, aunque la obra estudiada haya sido escrita sobre, por y para el ejército. Se trata de resolver un problema de estilo y lograr un fluir más efectivo en la escritura. Además de resolver un problema de estilo, me baso en la dominación del ejército sobre las otras fuerzas para la década de 1980. Para clarificar argumentos también he utilizado los escritos de otros militares que han actuado como ideólogos de las Fuerzas Armadas y del ejército en particular, por ejemplo, Alberto Polloni (teniente coronel retirado), *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional*, (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1972), o Eduardo Aldunate Herman (mayor del ejército), *Las FFAA. de Chile en defensa del consenso nacional*, (Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile, 1988).

ii. Todas las traducciones del inglés al castellano son de la autora.

iii. El concepto de la diferencia sexual de la matriz heterosexual fue defendido por feministas del siglo pasado como Adrienne Rich y las francesas Luce Irigaray y Hélène Cixous. A diferencia de estas últimas y siguiendo el camino iniciado por Butler, muchas feministas del siglo XXI buscamos superar el concepto de diferencia sexual.

iv. Wittig escribe con el fin de eliminar los conceptos de sexo y género. Ver Griffin Crowder (2007). El trabajo de Monique Wittig citado por Butler es “The Mark of Gender”, *Feminist Issues*, 5(2), 1985.

v. Brian Loveman y Elizabeth Lira (1999: 229-30) explican que estos abusos y castigos fueron tanto para militares como para civiles.

vi. Emil Körner, “El desarrollo histórico del ejército chileno”, citado por Juan Domingo Silva, “La prusianización del ejército de Chile: la primera modernización” en

<http://www.cee-chile.org/estudios/sil03.htm#Anchor-49575#Anchor-49575>

vii. “Fondear”, significa en Chile arrojar al agua el cuerpo de un hombre, mejor dicho, su cadáver, con una pesada piedra atada a la cabeza”. Manuel Anabalón era un profesor de 22 años que había fundado la revista *Obra* para “combatir las dictaduras que han asolado su patria”. También era primer secretario de la Federación de Maestros y era perseguido y vigilado por la policía hasta que fue detenido el 12 de junio de 1932 y llevado “a culatazos” a la comisaría de Antofagasta y de allí al muelle donde fue pasado a manos de los carabineros quienes lo embarcaron en un vapor *Chiloé* junto con otros treinta maestros delegados. Se le perdieron sus huellas hasta que su cadáver apareció en la bahía de Valparaíso junto a otros desaparecidos. El periodista Meza Bell desde la revista *Wikén* denunció con vehemencia estos hechos acusando del crimen al director de seguridad de Valparaíso, Alfredo Rencoret, “un personaje siniestro que ha estado al servicio de todas las dictaduras después de Ibáñez hasta Dávila”. Meza poseía documentos que comprometían a Rencoret como autor material e instigador del crimen junto a toda las fuerzas de seguridad de Valparaíso y del país (“Meza Bell que denunció al asesino de Manuel Anabalón, ha sido asesinado a su vez”, *Notas Gráficas*, 22 diciembre, 1932). El periodista Meza Bell fue raptado la noche del 21 de diciembre de 1932 y después fue hallado asesinado en un suburbio de Santiago (“Fue imponente el sepelio del periodista chileno asesinado”, *El Mundo*, 23 diciembre, 1932). Cuando se mandó a arrestar a los agentes de la

policía de investigación como a Rencoret se produjo un grave descontento entre los miembros de la policía, los carabineros y las fuerzas militares que se acuartelaron en contra de la sociedad civil (“Crean haber arrestado al asesino del periodista chileno Mesa Bell”, *El Mundo*, 30 diciembre, 1932, p. 3). Ver también, “Fue asesinado en Chile un conocido periodista”, *El Mundo*, 22 diciembre, 1932. Las fuentes se encuentran en el archivo de la Editorial Haynes.

viii. Conozco directamente el trabajo de investigación realizado por Andrés Pérez y su Gran Circo Teatro porque me desempeñé como la asesora histórica para esta obra en los años 2000 y 2001. Así fui testigo presencial de la cuidadosa escritura y preparación de este texto y su puesta en escena. Poco tiempo después, se unió al grupo el destacado historiador chileno Alfredo Jocelyn-Holt. Ver Jocelyn-Holt (2001). En relación a la importancia e influencia decisivas de Pérez en el escenario chileno y latinoamericano, consultar: <http://www.grancircoteatro.cl/andres.html> y <http://www.opusgay.cl/1281/article-28025.html>

- Aldunate Herman, Eduardo. 1988. *Las FFAA. de Chile en defensa del consenso nacional*. Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile.
- Aldunate Phillips, Raul. 1969. *Ruido de sables*. Santiago: Editorial Gracitán Nacional.
- Alfaro Muirhead, Christian. 1991. Notas sobre el establecimiento del Ombudsman en el ordenamiento jurídico chileno. *Revista de Derecho*, Valdivia. 2: 61-70, http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09501991000100004&lng=es&nrm=iso
- Almeyda Medina, Clodomiro. 1964. El Estado en Chile. *Revista de Derecho Económico*. 6-7.
- Alvear Godoy, Aníbal. 1977. *Por los caminos de Chile: ayer y hoy, hechos históricos y anécdotas, 1810-1976 del año veinte*. Santiago: Gráficos Corporación.
- Bari, David. 1922. *El ejército ante las nuevas doctrinas sociales*. Santiago, s.e.
- Barros Ortiz, Tobías. 1984. *Recogiendo los pasos: testigo militar y político del siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Braun Menéndez, Armando. 1979. *Mis memorias*. Santiago: Editorial Antártica.
- Britzman, Deborah. 1995. What is this thing called love? *Taboo: The Journal of Cultural Studies and Education*. 1: 65-93.
- Butler, Judith. 1990. *Gender trouble*. Nueva York: Chappman & Hall.
- Chanady, Amaryll. 1994. Latin American imagined communities and the postmodern challenge. Amaryll Chanady, comp., *Latin American identity and constructions of difference*. Miniápolis, MN: University of Minnesota Press, ix-xlvi.
- Cohen, T. H. 2001. *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth.
- Correa, Sofía. 2005. *Las riendas del poder*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Elias, Norbert. 1994. *The civilizing process*. Oxford; Cambridge, Mass.: Blackwell.
- Estado Mayor General del Ejército de Chile. 1980-85. *Historia del ejército de Chile. 11 vols*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército.
- Eyzaguirre G., Jaime. 1965. *Fisonomía histórica de Chile e Historia de Chile*. Santiago: Ed. Zig-Zag.
- _____. 1967. *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Fuentes, Patricia y Waldo Ansaldi. 1994. Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana. *Cuicuilco*. 1(2): 193-229.
- Frühling, Hugo, Carlos Portales y Augusto Varas. 1982. *Estado y Fuerzas Armadas en el proceso político chileno*. Santiago: FLACSO.
- Garfias Villarreal, Jorge. 1986. *Manuel Bulnes Prieto, general del ejército de Chile, gran mariscal de Ancash y presidente de la república*. Santiago: TT.GG. del Instituto Geográfico Militar de Chile.
- Góngora, Mario. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ed. La Ciudad.
- González Salinas, Edmundo. 1987a. *Caballería Chilena: su historia guerrera, su evolución y progreso*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército
- _____. 1987b. *Reseñas históricas de las unidades e institutos del Ejército de Chile*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército, Chile, Biblioteca Militar.
- Greimas, A. J. 1971. *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Griffin Crowder, Diane. 2007. From the straight mind to queer theory: Implications for political movement. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*. 13(4): 489-503.
- Gutmann, Mathew C. 2003. *Changing men and masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Herd, Gilbert. 1987. *The Sambia: Ritual and gender in New Guinea*. Nueva York: Holt.
- Ingraham, Chris. 1994. The heterosexual imaginary: Feminist sociology and theories of gender. *Sociological Theory*. 12(2): 203-219.
- Jara, Álvaro. 1981. *Guerra y sociedad en Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 2001. El drama como "germen" de una nueva sensibilidad: A propósito de La Huida de Andrés Pérez. *Teatrae, Revista de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae*. 14-18.

Joxe, Alain. 1975. *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*. Santiago: Editorial Universitaria.

Kimmel, Michael S. 2001. Masculinity as homophobia: Fear, shame, and silence in the construction of gender identity. T.F. Cohen, ed., *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth, 29-41.

Leverenz, David. 1991. *The last real man in America: From Natty Bumppo to Batman*. American Literary Review. 3: 753-781.

Liendro Zingoni, Eduardo. 1998. Masculinidades y violencia desde un programa de acción en México. Teresa Valdés y José Olavarría, eds. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA, 130-136.

Loveman, Brian y Elizabeth Lira. 1999. *Las suaves cenizas del olvido. vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*. Santiago: LOM Ediciones-DIBAM.

Marcus, Sharon. 2005. Queer theory for everyone: A review essay. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 31(1): 191-218.

North, Lisa. 1966. *Civil-military relations in Argentina, Chile and Peru*. Berkeley, CA: Institute of International Studies.

Oehling, Herman. 1977. *La función política del ejército*. Santiago: Memorial del Ejército, edición especial y restringida, Biblioteca del Oficial, Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones Internas del Ejército, Sección Publicaciones Militares.

Olavarría, José. 2000. De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. José Olavarría y Rodrigo Parrini, comp., *Masculinidades. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago: FLACSO-Chile, 11-28.

_____. 2001. *Hombres, identidades y violencia: 2º Encuentro de Estudio de Masculinidades*. Santiago: FLACSO, UAHC, Red de Masculinidades.

Prats González, Carlos. 1985. *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago: Editorial Pehuén.

Peri Fagerstrom, René. 1980-81. *Los batallones Bulnes y Valparaíso en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Imprenta de Carabineros.

Polloni, Alberto. 1972. *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Ravest Mora, Manuel. 1979. *Juan Martínez, comandante de los mineros del Atacama*. Santiago: Mutual de Seguridad C.Ch.C.

Roudinesco, Elizabeth. 2002. *La familia en desorden*. Buenos Aires: FDC.

Saez, Carlos M. 1933. *Recuerdos de un soldado*. Santiago: Ercilla.

Savran, David. 1992. *Communists, cowboys and queers: The politics of masculinity in the works of Arthur Miller and Tennessee Williams*. Miniápolis, MN: University of Minnesota Press.

Sedgwick, Evelyn Kosofsky. 1985. *Between men: English literature and homosocial desire*. Nueva York: Columbia University Press.

_____. 1990. *Epistemology of the closet*. Berkeley, CA: University of California Press.

Sepúlveda Rojas, Arturo. 1980. *Así vivieron y vencieron. la logística del ejército chileno durante la Guerra del Pacífico: sus servicios auxiliares o anexos*. Santiago: s.e.

_____. 1986. *Relatos militares*. Santiago: Empresa Industrial Gráfica.

Subercaseaux, Bernardo. 2007. Raza y nación, el caso de Chile. *A Contra Corriente: A Journal on Social History and Literature in Latin America*. 5(1): 29-63. http://www.ncsu.edu/acontracorriente/fall_07/documents/Subercaseaux.pdf

Sumara, Dennis y Brent Davis. 1999. Interrupting heteronormativity. *Curriculum Inquiry*. 29(2): 191-208.

Téllez, Indalecio. 1944. *Una raza militar*. Santiago: Imprenta La Sudamericana.

Torres Marín, Manuel. 1985. *Quintanilla y Chiloé. la epopeya de la constancia*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Tyler May, Elizabeth. 1988. *Homeward bound: American families in the Cold War era*. Nueva York: Basic Books/ Harper Collins.

Valdés, Teresa y José Olavarría. 1998. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA.

Valdivia, Verónica. 2003. *El golpe después del golpe*. Santiago: Editorial Lom.

Varas, Augusto. 1988. *Los militares en el poder*. Santiago: FLACSO.

Varas, Augusto y Felipe Agüero. 1984. *El proyecto político militar*. Santiago: FLACSO.

Vargas Lonfat, Pedro. 1988. *Chile objetivo del terrorismo*. Santiago: Ed. Instituto Geográfico Militar.

Vera Sánchez, Jessica. 2004. *Tres prostitutas en el teatro chileno (La Chepita, la Pepa de Oro y la Negra Ester)*. Tesis para optar al título de actriz, Departamento de Teatro, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Vial, Gonzalo. 2001. *Historia de Chile*. Vol. 3. Santiago: Zigzag.

Vidal, Hernán. 1989. *Mitología militar chilena. surrealismo desde el superego*. Miniápolis, MN: Institute for the Study of Ideologies and Literature.

Wittig, Monique. 1979. Paradigm. Elaine Marks y George Stambolian, comps., *Homosexualities and French literature: Cultural contexts/critical texts*. Ithaca: Cornell University Press.

_____. 1985. The mark of gender. *Feminist Issues*. 5(2): 3-12.

Wyatt-Brown, Bertram. 1983. *Southern honor: Ethics and behavior in The Old South*. Nueva York: Oxford University Press.

_____. The mask of obedience: Male slave psychology in the Old South. *The American Historical Review*. 93(5): 1228-52.



The failure of hegemonic masculine identity in *The History of the Chilean Army*

Celina Tuozzo

Abstract

During the Chilean dictatorship (1973-1990), members of the military and historians, following an order by Augusto Pinochet, constructed a new *History of the Chilean Army*. The resulting work consisted of 11 volumes published by the Army General Staff. This article seeks to critically analyze this text to reveal the ways in which this institution attempts but fails to represent itself as the rightful bearer of a hegemonic masculinity within the heterosexual matrix, as conceived by Judith Butler.

Key words

Masculinity, Militarism, Chile, *Queer* Theory

About the author

The author completed her undergraduate studies in Sociology at the University of Buenos Aires. She obtained a Masters Degree at the Institute of Latin American Studies at The University of Texas at Austin and a doctorate in the department of history of the same institution. She later completed postdoctoral work at the Gender Studies Program of the University of Chile and worked as a researcher and professor at the University of Santiago de Chile (USACH) and the University of Chile. She now works as a researcher and professor at the Torcuato Di Tella Institute, Buenos Aires, and she is the principal researcher of the EAP375 project of the Endangered Archives Program of the British Library, based at the Simón Rodríguez Foundation in Buenos Aires.

WRITINGS AND CONTEXTS

This work inscribes itself within Chilean history as part of a necessary exercise of analyzing military institutions in order to understand complex political and social processes that have yet to be resolved or brought to justice, such as the military dictatorship of 1973-90ⁱ. To this end, the study focuses on *The History of the Chilean Army* [*La Historia del ejército de Chile*], consisting of eleven volumes commissioned by Augusto Pinochetⁱⁱ. The work was written by a team consisting of five members of the military, five historians from the University of Chile, and a journalist in charge of internal relations in the Army.

The History of the Chilean Army was presented as a text-monument, published by the Army General Staff between 1980-85, to be disseminated strictly within the military. We can view it as a work of self-representation by the institution, coming from its leadership and recounting an official history through which its members should understand both the institution and themselves. I will refer to these eleven volumes as “the text” in this article to facilitate its narrative flow.

This article was inspired by the excellent analysis by the Chilean scholar Hernán Vidal, whose work (Vidal 1989) has been invaluable to my own research. His work reveals how the Chilean Army created an imaginary in which it assumed an identity as a caste subordinate and therefore in opposition to civilian power. The text shows an army that, influenced by the United States, destroyed the democratic order of a civil society to which it saw itself as historically subjugated. If hegemonic masculinity is defined in relation to other men and those deriving power from them, then the Army and its virility are undercut by the civilian forces endangering its dominant masculine identity.

Method and theoretical approach

This article uses qualitative methods to analyze the prevailing representation in the text while engaging other texts also written by military personnel to clarify arguments. We will examine what is stated and left unstated in the text using the techniques of discourse analysis suggested by A. J. Greimas (1971) and supporting these with historical and archival analysis.

The theoretical interpretation presented in this article draws primarily on feminist theory, particularly as developed by Judith Butler and Eve Kosofsky Sedgwick in their

contributions to queer theory. *Queer* can be understood as a perspective that emphasizes affinity and collectivity over identity (Marcus 2005). The gender identity of the Army – as self-represented in the text – reflects a masculine sexual identity impervious to the complex identifications and differences that undermine it. The desire to create a singular, unquestioned form of masculinity stems from heteronormativity, or domination by an uncontested heterosexuality that obscures its greatest enemy, homosexuality. Butler (1990) and Sedgwick (1985) have examined the close relationship between heterosexuality and homosexuality, showing how they mutually define each other.

In her book *Between Men*, Sedgwick (1985) distinguished the concepts of homosociality and homosexuality. If heterosexuality involves an exchange of women that allows men to create homosocial bonds among themselves, the greatest concern for such a society will be the boundary between the homosocial and the homosexual, which is constantly monitored and policed: “a site of contested power, paranoid and violent, in modern Western culture” (Marcus 2005: 198).

For her part, Butler (1990: 16-25, 49-50) constructed the concept of a heterosexual matrix where gender identities are produced as same-sex identification (masculine with masculine and feminine with feminine) and as desire for the other (masculine for feminine and feminine for masculine). This heterosexual matrix constructs masculine and feminine genders as a form of normativity that can be subverted inasmuch as gender norms depend on and are constructed on the basis of what they exclude, in this case homosexuality. Thus, as with Sedgwick, the fundamental relationship is not between masculinity and femininity but between homosexuality and heterosexuality.

Heterosexuality thus imposes male domination and the homosocial relationship even as it persecutes homosexuality. *The History of the Chilean Army* is inscribed within heteronormativity, presupposing a heterosexual imaginary. By this, I mean “a way of thinking that obscures the work of heterosexuality in structuring gender, precluding any possibility of a critical analysis of heterosexuality as an organizing force. The end result is an unquestioned heterosexuality that circulates as though it were natural ... The perspective [produced by] heteronormativity [positions itself as] the criteria for prescribed socio-sexual arrangements deemed legitimate” (Ingraham 1994: 203-204). But precisely because it follows this heterosexual normativity, the text inscribes itself within a heterosexual matrix that dictates the existence of two exclusionary sexual identities, the feminine and the masculine.

It is against this backdrop that this critical study of *The History of the Chilean Army* must be understood. In other words, I do not, like other feminist and gender theories, assume a natural masculine-feminine binary or the existence of a homosexuality and heterosexuality that are naturally in opposition, organizing differences. When I deploy Butler’s heterosexual matrix, I do so to refer to the ideological space within which the Chilean Army’s text was created. If we apply Greimas’s concepts of opposition and conjunction in analysis, we would identify the following semantic axes within which opposition must be understood:

Masculinity vs. Femininity
Semantic Axis: sexual differenceⁱⁱⁱ

If we subordinate the second term to the first, the usual consequence of the dichotomy of logocentrism denounced by Jacques Derrida, we obtain the following opposition:

Masculine vs. Feminine = - M (Non-Masculine)
Semantic Axis: hierarchy of sexual difference

As explained by Michael Kimmel (2001: 33), this masculinity is “the hegemonic definition of manhood[:] a man in power, a man with power, and a man of power.” In contrast, the non-masculine will represent “this notion of anti-femininity which lies at the very core of historical and contemporary understandings of masculinity... defined more by what one is not than by what one is.” Hegemonic masculinity does not tolerate “variations of race, class, age, ethnicity, or sexual orientation.”

The text examined in this piece reflects this hegemonic masculinity. According to José Olavarría (2000: 11), one of the most important Chilean scholars on masculinity in Chile, that masculinity is imposed on men as “active, strong, potent, rational, emotionally controlled, heterosexual, family providers, whose field of action is the street,” directly opposed to women, homosexual men, and “feminized” men (Valdés and Olavarría 1998; Olavarría 2001). These men impose themselves on women and men of lower standing, “[leading] to the establishment of hierarchical relationships not only between men and women but also among men themselves.” Men who break with this hegemonic model “are exposed as outsiders in a man’s world, marginalized and treated as inferiors, like ‘women’” (Olavarría 2000: 12).

The text on the Chilean Army inevitably presents ruptures and subversions of this hegemonic masculinity and homosocial relations among men. Sedgwick’s (1985: 118-119) definition of heterosexuality is worth recalling: heterosexuality entails a fear of male homosexuality that is re-directed through “the woman.” Heterosexuality involves not only relations between men and women but rather and primarily relations among men. When men define women as their binary opposite it is because there is little difference between homosocial masculinity and homosexual masculinity. It is in this context that gender differences between two poles, one masculine and one feminine, come into play. Thus, the current study seeks to challenge heterosexuality as one of the factors that naturalizes and organizes the self-representation of the Army in the text. The fact it goes unquestioned “reinforces the current order and its values,” making it impossible to analyze “the absolute ways in which gender is bound to an institutionalized and hegemonic masculinity... and how this is instrumental for capitalism and patriarchy” (Ingraham 1994: 209).

Ingraham defines the concept of gender as functional to dominant heteronormativity: “gender, or what I would call ‘heterogender,’ refers to the asymmetrical stratification of the sexes in relation to the historically changing institutions of patriarchal heterosexuality. Reconceptualizing gender as ‘heterogender’ underscores the relationship between heterosexuality and gender” (Ingraham 1994: 204). Similarly, Dennis Sumara and Brent Davis (1999: 195-196) define masculine and feminine identities as “discrete acts of identity,” understood within the heterosexual matrix. They then analyze the “cultural mythologies” that constitute heterosexuality, drawing

on queer theory, seeking, as Deborah Brizman (1995: 68) suggests, to “disrupt commonsense understandings of what constitutes sex, sexuality, pleasure, and the relation among them as well as the technologies used to understand and enact differences.” The goal is thus to analyze and denounce generalized heterosexism and an “omnipresent homophobia” (Sedgwick 1990).

This homophobia forms the basis of hegemonic masculinity, in turn imposing the man/woman binary of the heterosexual matrix described by Butler. This hegemonic model is discursive and based epistemologically on the assumption that for bodies to have coherence and meaning, they require a stable sex expressed through a stable gender. The masculine expresses the feminine, and the feminine expresses the masculine, defined in opposition to each other and hierarchically through the compulsory practice of heterosexuality (Butler 1990: 151).

The main inspiration for Butler’s heterosexual matrix is Monique Wittig’s “heterosexual contract.” According to Wittig (1979: 114), that contract produces the masculine/feminine binary, which in turn “emerges from a binary restriction of sex to reproductive ends.” Gender, for its part, “constitutes a conceptual episteme through which the sex binary is universalized,” categorizing and qualifying individuals. Wittig thus shows that people are always marked by gender in language, “giving way to a primitive ontological notion that imposes a division of beings into sexes through language.”^{iv} According to Butler (1990: 21-22), this leads to the belief that “a person is a gender by virtue of her or his sex.” Sex thus serves as a “unifying principle of being and maintains this unity over and against ‘the opposite sex’... one is therefore of one gender insofar as another is not, an assumption that imposes restrictions on gender within this binary pairing” (4).

This masculine/feminine binary operates solely within the heterosexual matrix, excluding identities that fall outside the masculine and feminine identities, reflecting a particular politics of identity (Butler 1990: 17). In this sense, the text analyzed in this article presupposes a hegemonic masculinity, expressed through a discourse that obeys institutionalized heterosexuality, sealing the captivity of language, as Wittig suggests, by and with the sign of sex. The masculine/feminine polarity is thus a historical construction, both socio-cultural and political. Let us examine these concepts to understand its socio-historical specificity.

Historical context of the production of the text

The bipolarity that permeates the eleven-volume text is the historical result of what D. Savran (1992) calls the “Cold War politics of masculinity,” a global phenomenon

that centrally implicated Latin American armed forces, particularly in Chile with the advent of the Allende’s socialist government. Indeed, the books are explicitly situated in the context of the Cold War and the Pinochet dictatorship’s fight against communism: “The Armed Forces could not accept the internationalist and anti-military conception, as communist and socialist sectors had reformulated ‘national history, damaging what had until then been considered its indisputable glories, even military ones’” (Estado Mayor 1980-85: IX, 33).

This anticommunist position intensified after World War II, when the Chilean Armed Forces received experts, weapons, and training from the United States through the Pacto de Ayuda Militar [PAM - Military Aid Pact] and Chile aligned decidedly with the Western Block, against the “demands and intransigence” of the Soviet Union (Estado Mayor 1980-85: IX, 74-94).

Against this backdrop, we can analyze a Cold War politics of masculinity that forcibly imposed “a rigorous division of labor along gender lines and a corresponding polarization of masculine and feminine ‘sexual roles,’” using the family as a mechanism of surveillance and discipline that could “successfully inculcate these inescapable ‘sexual roles’” (Savran 1992: 53). Cold War hegemony was thus imposed through the family, spearheaded by the “dominant stereotype of masculinity” of that era, a man with a good job, earning enough to support his family, thus “privileging the active, masculine, heterosexual subject,” while “vilifying women, gay men, and lesbians” (35, 173).

The protagonist of this Cold War hegemonic masculinity only knows success. He is the World War II hero, returning home after safeguarding worldwide democracy to enjoy domestic space, with its “paradigms of masculinity and femininity,” imposed and reproduced by the family (Savran 1992: 2, 13).

Savran employs the concept of “domesticity of containment,” coined by Elaine Tyler May (1988) to describe the private, familial dimension of the containment of communism and its expansion through public and international policy. Within the home, any potentially dangerous force had to be dominated, making Cold War ideology and the resurgence of domesticity two sides of the same coin. The “home,” according to Tyler May, is the arena where subversion is destabilized, particularly the possibility of an active, female sexuality. Savran (1992: 7, 41-2, 55, 86) further adds that this process includes a “fear of femininity” and a “homophobic panic” that allowed “an unprecedented level of surveillance of the social and sexual practices” of all family members and “all public organizations.”

The institution of the family is charged with affirming “sex roles and gender relations” and of “dominating all forms of rebellion.” Elizabeth Roudinesco attributes this function to it already in the 19th century, after the founding of modernity with the French Revolution: the family ensures morality, which in turn preserves social order through marriage or the voluntary, monogamous union between a man and a woman (Savran 1992: 13; Roudinesco 2002: 42). This gives rise to what Roudinesco (2002: 38, 40) calls “the new bourgeois sovereignty,” which sexualizes the “social bond” and imposes “sexual difference -- masculine versus feminine and vice versa --” in the history of the family.

Megan E. Abbot (2002: 7) also uses Tyler May’s concept of domestic containment in her study of film noir and the detective novels of Raymond Chandler and James Cain. Abbot analyzes what Olavarría would term hegemonic masculinity, a “masculine ideal requiring men to have discipline, a tough demeanor, self-control, and enormous strength in daily life.” Two other traits are also necessary to maintain this level of idealized masculinity, explains Abbot: the ability to lead in public affairs and to sacrifice one’s ego to the needs of the community and the greater good (5). These two characteristics are central to the identity of the Army. There are important differences, however, between the model of hegemonic masculinity established during the Cold War and the masculine identity posited by the text.

The Chilean Army and hegemonic masculinity

For soldiers, the domesticity containing women in the family was reproduced by their belonging to the Army, even before the Cold War. The Army, the military family, imposes a mechanism of surveillance, inculcating roles, particularly sexual roles, affirming homosociality while rejecting homosexuality and the feminized male. The following description of a Chilean officer is typical: “Always proper in his attire and his conduct, always taking care of himself but without falling prey to ridiculous effeminate indulgences” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 33). What *The History of the Chilean Army* punishes is “civil degeneration.” It can be stopped by containing soldiers within the military institution, with “their life behind barracks, uncontaminated by the politics brewing outside.” This military isolation purifies, permitting unit cohesion. It emerged historically “after the Civil War of 1891 [when] the reform plan begun in 1885 by Colonel Emilio Körner and the German instructors specially hired by the Chilean government. The Army, focused on its professional

activities, progressively distanced itself from the whims of society and politics, becoming an autonomous and uncontaminated social group, a bastion of sobriety and civic order” (40).

This unsullied integrity, a product of isolation, also separates the Army from a society that cannot understand the particularities of military life, leading to civilian ingratitude. Major Eduardo Aldunate Herman (1988: 93) writes about this “symptomatic [historical] fact,” “the complete lack of knowledge about the motives and particular characteristics of military men,” which leads civilian governments to “provoke” officials and their troops to enter the political game. In this sense, the military coup launched on September 2, 1924, called the *ruido de sables* [sound of sabers], was simply a misunderstanding. General Carlos Saez (1933: ii, 69) writes that, “some have tried to present the September movement as an attack on the fiscal coffers by members of the Armed Forces. This is an unjust and rancorous charge.” According to Lieutenant Raul Aldunate Phillips (1969: 31), “the officers that went to trial never imagined the significance of their brave stance.”

The feelings reflected in this language about the misunderstanding and ill will of civilians ultimately makes soldiers vulnerable to the seduction of politicians: “For some months, the ‘Armed Forces’... has been holding private but nonetheless heated meetings... where politicians and reporters opposed to Don Arturo [Alessandri, president of Chile] made discrete appearances... surreptitiously stoking the fires of discontent.” According to *The History of the Chilean Army*, this led to condemnation of young officers by a good part of the government, which should have punished the politicians, not the soldiers (Aldunate Herman 1988: 88). As victims of these misunderstandings and objects of what Aldunate Herman calls the incitement of certain civilian groups, the military loses two important characteristics of hegemonic masculinity: strength and self-control.

As Vidal explains, this loss of masculinity finds expression in the language of resentment in the books and articles written by members of the Armed Forces. Thus in his history of the Armed Forces and their relation to Chilean society, retired Lieutenant Colonel Alberto Polloni refers to a “military sensibility of shame.” This shame about the humiliation imposed by civilian authority is critical to understanding this army whose masculinity is in question. It represents

itself as passive and, as we see below, a martyr and a victim, quintessentially feminine characteristics in the Christian West (Wyatt Brown 1988). The military officers experience and interpret their condition as that of a force humiliated, one that needs to settle accounts with civilians from a position of inferiority that must be compensated. The greater the shame, the greater the feminization, and thus the greater the urgency to restore a masculinity being threatened.

The military's shame, according to Vidal (1989: 87), represents a "radical collective experience of shame and inferiority, as a caste confronted by 'civilian hegemony.'" The military's "institutional memory" is an "accumulation of suffering brought about by shame," resulting from the struggles between the Armed Forces and civilian authority. For the Armed Forces, this "accumulation of suffering" justifies interventions like military coups and their social and human costs.

In this regard, Vidal (1989: 87) denounces the presence in *The History of the Chilean Army* of a "shame that emerges at a critical moment in life, when long-held values considered essential to one's being are questioned and threatened ... Without them, one's being is exposed to the eyes of the community as fundamentally inadequate, deficient, diminished." This occurred, as we shall see, at certain critical moments like the Civil War of 1891 and the parliamentarian government established afterward, when the Army was humiliated before civilian governments. Bringing a critical gender analysis to the institution, considering the heterosexual matrix discussed earlier, I would resignify this "shame" as the loss of masculinity caused by the Armed Forces' subordination to civilian institutions. In the binary logic of the heterosexual matrix, the greater the loss of masculinity, the greater the institution's feminization.

This fundamentally questioned masculinity must be compensated for with an exacerbated masculinity, which, according to Abbot (2002: 80, 87-8), is reinforced during the Cold War with what he calls "normative gender binaries," "traditional" and "expected" forms of masculine conduct. The man-woman binary safeguards dichotomies that preclude any possible combination or confusion, as alterity fears mixture. In this way, binary series are constituted and reconstituted in order to impose limits and erase boundaries in spaces where, as Sedgwick explains, one encounters the fragile constitution of differences, such as that between the homosocial and the homosexual.

This idealized hegemonic masculinity, characteristic of the Cold War according to both Savran and Abbot, presents traits that are reiterated in *The History of the Chilean*

Army, though posing contradictions for those following the "military vocation." When we analyze the discourse on soldiers, we find a constant theme: the centrality of soldiers' bond with their peers and superiors.

The peculiar characteristics of this vocation are: the military spirit, "esprit de corps," cooperation, tolerance, and the joy of work. "Esprit de corps" refers to a "set of feelings," including cohesion "with the commanding officer" and "loyalty" to "create, ensure, and preserve the unity among men-at-arms." The "soldier... is [thus] incapable of... treason or betrayal." "Cooperation" implies postponing personal needs and family bonds to preserve the "cooperation" of "loyal camaraderie and solidarity." "Tolerance" means not falling prey to "minor disagreements that can divide men, [as] greatness means always marching together as one." The "joy of work... mitigates frustrations, strengthens friendship, unites efforts, dissipates passions and prevents worries from becoming overwhelming." Similarly, "camaraderie [is] understood as the affection that exists among people engaged in a common task" (Estado Mayor 1980-85: X, 180-82). Some of the words defining the military vocation, then, are:

Words that characterize the soldier

"camaraderie"
 "accumulation of feeling"
 "beside their commanding chief"
 "incapable of... betrayal or deceit"
 "postpone... family affections"
 "always marching together"
 "friendship"
 "affection"

These expressions refer to affects and emotions that even prompt the postponement of family love for the love one feels for the armed forces, one's officer, and one's peers, with whom betrayal becomes impossible. This emotional sphere, intensified in soldiers, differs from the hegemonic masculinity that competes in the market against other men. "Camaraderie," "affection," and "friendship" among soldiers are different than individualism against rivals, which is characterized not by unity, sacrifice, and loyalty but by a homosocial relation that precludes any emotional bonds among men. The masculinity evident in *The History of the Chilean Army* presents several differences with hegemonic masculinity.

Hegemonic masculinity vs. masculinities in the text

Hegemonic masculinity	Soldiers' virtues in <i>The History of the Chilean Army</i>
"emotionally controlled"	"accumulation of feelings"
Heterosexual, with a family	"postponing... family affection"
"their area of action is in the street"	Isolation in the barracks and isolation: "...the most valuable factor to immunize the Army against deadly contagions"
Competitiveness	"camaraderie and friendship"
Reason	"affection"
"accumulation of capital"	Austerity
Individuality	"sacrifice"
Exercise of power	Hierarchy and cohesion "with the commanding officer"

The principal contradiction between the masculinity constructed by the Armed Forces in their self-representation and hegemonic masculinity lies in the hierarchy that defines soldiers' central characteristic: obedience. One must obey the commanding officer and the chain of command without hesitation. Short of this, "confusion reigns, leading to physical and mental exhaustion." The commanding officer has "high spirits, calmness of mind, a steady temperament, and strong muscles." His courage "spreads like a magnetic current, shaking up the fearful and indolent, emanating his vital energy... As the craftsman of triumph, victory is his work and his duty" (Estado Mayor 1980-85: X, 185). As power is the axis structuring relations among men, the central place of the commanding officer, wielding power over his subordinates, calls their masculinity into question: "masculinity means power – over women, over other men." Differential access to power therefore calls the experience of hegemonic masculinity into question, transforming it into a defensive masculinity to avoid feelings of emasculation. Indisputable obedience to an officer who monopolizes power over his soldiers must compensate for "these fears" and "this profound shame of not being masculine and being exposed by other men." Kimmel (2001: 39) calls this compensation the "virility of racism, sexism... [and] homophobia."

The Army as the founding race

In light of the perceived threats others pose to the Army's masculinity, *The History of the Chilean Army* offers a "series of [defensive] positions" at the narrative, ideological and historical levels. The first consists of establishing its masculinity as different and superior to that of the rest of society, assuming the identity of a unified race. The military corps' experiences as an institution subordinate to and unappreciated by civilian governments are compensated by this definition of the Army as a single race, with a bloodline preceding the nation itself. What characteristics did the army, as the founding race, bequeath to the nation?

The people of Chile are "warriors, descended from Spaniards and Mapuches." According to *The History of the Chilean Army*, the Chilean "race" emerged from a mixture of Araucan blood and that of Spanish conquistadors: "An amalgam created in the crucible of war, creating the spirit of the race, from which Chileans inherited the military virtues that are the very essence the nation" (Estado Mayor 1980-85: I, 23-25; Vidal 1989: 30-31). To be a "patriot," therefore, one must "distinguish oneself from civilians," as from its inception, the very "being" and "consciousness" of criollo identity are military (Estado Mayor 1980-85: I, 20, 54-55). The Army thus constructs itself not only as the "founding race" but as the only institution capable of saving the "fatherland" from "civil degeneration."

But, what are we to make of terms like "military race," and "racial degeneration"? "The invasion... of new social sectors [the middle and working classes], will find expression in the diagnosis of a sick social organism," victim of the "degeneration of the Chilean race." The concepts of "race" and "racial degeneration" were introduced in the country in the late 19th and early 20th centuries through the influence of the French sociologist Gustave Le Bon, considered one of the most influential authors in Latin America. According to Le Bon: "Each race is marked by its physical as much as its anatomical constitution. Its psychological characteristics are regularly and faithfully transmitted through the blood, comprising what can justly be called the 'national character'" (quoted in Estado Mayor 1980-85: I, 100, fn. 15). The Chilean historian Bernardo Subercasaux (2007: 33-34) writes that Gustave Le Bon (1841-1931) was the most widely read social Darwinist in Latin America:

Races, according to Le Bon, have a biological component that forms the basis of their mental constitution and their soul and thus possess intellectual

and moral characteristics that will definitively determine the evolution of the people. Le Bon was a physician and approached the social sciences as if he were diagnosing sick continents... Read widely in Chile, he was the main proponent of the theory that a nation's history and destiny depend on its character and race more than its institutions.

During this period, identity, in this case national identity, was an essentialist concept, with "psychological and physical characteristics that were passed down through blood, such that the national soul was defined in racial terms." It was a unifying principle, an encompassing whole revolving around the axis of nationhood. The Army, as the singular and "founding" race, thus constructed the Chilean nation. The term "founding" could also read in terms of "state policies," "[directed] toward society [with] the intention to modify it" (Fuentes and Ansaldi 1994: 197; Chanady 1994). When the constitution of 1833 was promulgated, the general and president of Chile Joaquín Prieto promised the people not to allow them to fall prey to the political "vicissitudes" that provoke "anxieties." Thus in every military coup, in every violation of the oath to defend democracy, in short, "every time the Army carried out governmental functions, it did so because of its... unbound love for the fatherland." This is the case because the "institution knows how best to defend what is most genuine and pure of our nationality" (Estado Mayor 1980-85: X, 44-45). Thus when civil degeneration impedes the development of the fatherland, the founding military race retakes the reigns of the nation.

Martyrologium

The History of the Chilean Army deploys another resource to overcome a history that threatens the hegemonic masculinity to which it aspires: a compendium of military martyrs who bore shame and indignity due to mistakes by civilian governments. It offers clear examples of a suffering military, victim of bad policies.

In 1886, Chile suffered a cholera epidemic that spread from Argentina. To avoid contagion, several military outposts were established along the mountain range to prevent transit into Chile, but people disobeyed, causing many military losses. The text explains that: "the Army paid its tribute, losing many of its members" because "civilian personnel...shirked" their duties, in contrast to the "selfless men of the Army" (Estado Mayor 1980-85: VII, 77).

This history of the military's humiliation by civilian authorities saw one of its most dramatic moments during the Civil War of 1891. President José Manuel Balmaceda faced a congress that had risen up to defend its interests.

The Army "stood with the constitutional president from the start," though without taking a "political position" given "its natural and principled distance from political affairs" (Estado Mayor 1980-85: VII, 96). This did not stop members of the military, such as Körner, Estanislao del Canto and the eventual president Jorge Montt, from joining the rebels and their political agenda (VII, 128-73). Still, the text does not present these events as political and recounts them with a notable lack of value judgments.

The History of the Chilean Army returns to the Civil War in another chapter of the compendium of martyrs. It recounts how a defeated army, obedient to the president-elect, was the victim of attacks, assassinations, arson, arrests, and arbitrary judgments (Estado Mayor 1980-85: VII, 165-66, 171)^v. It also details conflicts within the Army itself, rooted in "resentments stemming from the Civil War of 1891." "Growing out of the civilian conflict, a generation of military leaders and non-commissioned officers emerged, who, promoted for political reasons, took over the top ranks to the detriment of members of the Frontline Army." This resulted in the unjust humiliation of those most representative of the institution as a whole. Nonetheless, "the need to reshape the army in its ancient molds prompted many career officers to return to its depleted ranks. A normalcy returned for the good of the institution, though many officers had to sacrifice their rank and start over lower in the hierarchy." This capacity for self-sacrifice of professional soldiers had no counterpart in the "officers that emerged from the Civil War, who eventually left the Army to return to civilian life" (VII, 177, 325-26).

The Civil War was followed by a dreadful chapter in history, according to the text: "the Parliamentary Republic that emerged from the Civil War of 1891 was distracted by the political game ... The citizenry was worried about the constant political intrigues, which delayed important affairs of state and laws that could benefit the people, endangering social stability" (Estado Mayor 1980-85: VIII, 17). The laws awaiting congressional approval included one that permitted the promotion of mid-level officers and another raising military salaries. Figuring notably among the demands were those concerning pay increases, the pace and number of promotions, and the role of cooperating in bribery: "military personnel showed visible disdain for those elections... which were nothing but a farce... in which bribery had an overwhelming influence, with vote-buying repugnant and in the open" (VIII, 208-9).

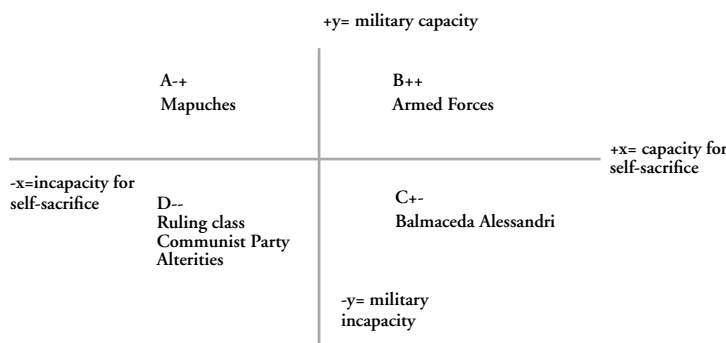
Before the coup of September 1924, when military officers denounced politicians in the congress, a manifesto with the Army's demands began to be circulated. The officers recorded their feeling of impotence against decisions

by civilians, complaining that they were serving a “gangrenous politics” that required immediate “surgery.” The person who lanced the boil was the “strongman of Chile,” “the arbiter and organizer,” who found “the Republic and its basic institutions off kilter, the levers of state broken, with public morale and civic spirit at a low point.” Carlos Ibáñez “fixed what was reparable with a firm hand ... reviving our spirit as a nation and as a race.” Only the Crisis of 1929 could end his government, and he resigned with the sole aim of “avoiding internal conflicts that would lead to bloodshed” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 208-9).

When he presented his irrevocable resignation, recounts the text, “only his comrades-in-arms understood him, his eyes clouded, pale, but standing firm and calm” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 299-300; Vidal 1989: 48, 89-90). Ibáñez is the military embodiment of martyrdom, suffering what the Army as an institution is forced to bear: collective ingratitude, isolation, and misunderstanding. Restoring certain characteristics of hegemonic masculinity, Ibáñez redeems the military caste, bearing his sacrifice in silence. He presented his resignation voluntarily, in complete control of his emotions and observing rigorous self-discipline. With Ibáñez, the martyr of *The History of the Chilean Army* reaches the level of sainthood, thanks to his “notion of duty, his high moral standard, his intellectual capacity, and his simple and sober personal life” (VIII, 304).

The Army and the others

The text compensates for a masculinity that is called into question with a racist, sexist, and homophobic virility, constructing alterities with contempt. In its effort to elevate its own masculinity to a model, *The History of the Chilean Army* weakens and questions the virility of others. A structural analysis can help identify these others and clarify their role in the text. Two axes are salient: military capacity and the capacity for self-sacrifice. These two virtues characterize military masculinity, the former defining the virility of power, the latter revealing the military vocation. This is the result:



Mapuches (A-+)

With high military capacity, the Mapuches surrendered to the chaos of a guerrilla war against the Chilean government, revealing their incapacity for self-sacrifice for the good of the nation. The account in the text of the invasion of Mapuche land in the 19th century appears under the title, “The Pacification of Araucanía.” *The History of the Chilean Army* draws a sharp contrast between soldiers fighting for their fatherland and “rebellious Indians” caring only for material goods; between a chaotic disposition and Army discipline, as we see in the following table:

The Army and the Mapuches

Army	Mapuches
“Civilization”	“Semi-barbaric, violent life”
“material progress of the people”	(- backwardness)
“safety of the settlers versus the violence of the bandits”	“protection that indigenous people offered [the bandits] because they considered them enemies of the huincas”
“the military... To curb attacks by the Indians and smuggling by bandits”	“outlaws” “fugitives”
“such excesses caused trouble for military commanders...who had to face these soulless people... who were difficult to defeat and who confronted soldiers with valor.”	“insecurity” “stealing” “excesses”

The incorporation of the Mapuches into the nation, according to the text, was the work of the Army. The nationalization of these “dissonant elements” was also the work of “tiny rural schools populated by young Indians,” or the “Franciscan and Capuchin priests who sought to evangelize this indigenous mass being incorporated into the Republic.” Thus “since 1883,” concludes the text enthusiastically, “the territories of Arauco and their inhabitants, the Mapuche, have all been incorporated into the national project, creating a single people and a single country” (Estado Mayor 1980-85: X, 93-94, 101; VII, 265).

Some civilians, such as J.M. Balmaceda and A. Alessandri (C+)

Though civilians and therefore lacking any military vocation or capacity for warfare, these men demonstrated a high capacity for self-sacrifice for national greatness. Balmaceda attempted to protect a strong executive, confronting a divided congress looking after its own interests at a time when Chile needed this sort of centralization. He paid for politicians' disobedience with his life. Alessandri, "like all great men in history... was able to harness the new spirit of his age, the sense of the social, which challenged the spirit of liberal individualism that culminated in the parliamentary regime" (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207). Both men's lack of military vocation, however, condemned them to failure.

Ruling class, Community Party, Alterities (D--)

Lacking any capacity for self-sacrifice or military capacity, these protagonists of abjection are the enemies of the nation and therefore of the Armed Forces and the Army.

Both before and after Independence, the ruling class subordinated the Army politically and economically. It is this class above others that devoured the Army with its "political appetites" (Estado Mayor 1980-85: VIII, 81-100). This ruling class emerges as the sole owner of masculinity, as the class in power, with power, and of power, in Kimmel's (2001: 33) terms. The military are the prisoners of this group wielding power, wealth, social status, tradition, and history. One finds more than a few repudiations of this civilian elite by military men. General Tobías Barros Merino, for instance, writes: "And why be a part of this privileged elite, who go by *Señorito* [diminutive of "Mister"], who pay for the lives of their fellow citizens with a fistful of coins (not even fruit of their work but inherited privilege)?" This privileged class, in the 19th century, subjected the military to its judgments despite the latter's victory in two wars, of Independence and the Pacific. In short, *The History of the Chilean Army* reveals a "badly remunerated military career" in the 19th and early 20th centuries, "full of hardship and trials," and attracting "not always the best elements" to its ranks (VII, 17-18, 23, 29-30, 41-43, 56-57, 60-63, 72-76).

In order to discredit the prominence of this social class, the text locates the Army at the origin of the Chilean race, in other words, prior to the emergence of the land-owning, commercial oligarchy of the colonial and post-Independence eras. Moreover, there are constant accusations that this elite is keeping soldiers in poverty, determining promotions based on personal favors, and subordinating the institution to the interests of the *señoritos*. The text describes them as "small, oligarchic groups," characterized by the "spirit of liberal individualism." Their defeat began with the emergence

of the middle classes and the Alessandri and Ibáñez administrations (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207-8).

In the Chilean Army's self-representation in the text, the struggle against communism began in the late 19th century with "the origins of the Chilean union movement" and the "underground activity" of two ideologies that preceded it, socialism and anarchism. Citing the historian Gonzalo Vial, *The History of the Chilean Army* describes how anarchism and socialism considered the "Armed Forces" an "enemy that must be fought, as the great obstacle to realizing their aspiration to destroy society" (Estado Mayor 1980-85: IX, 32). The Army's subjectivity is thus constructed as a man confronting an enemy to rescue a lady: the Chilean nation.

This redeeming masculinity, a bastion of Chilean identity and racial purity, created an identity conceived as powerful, reflecting the self-conscious effort to constitute a morally superior caste. This explains the Chilean Armed Forces' avid reception of the so-called National Security Doctrine. The Doctrine reinforced the notion of the unity of the military race and its historic "mission" to save the Chilean race from itself and its enemies: "The National Security Doctrine redefined the military's roles in terms of East-West polarity... Such notions increased mistrust of any criticism of hemispheric alignment," particularly any associated with "existing Marxist parties, which came to be seen as the 'internal enemy'" (Valdivia 2003: 27-8).

When a lack of order and control characterized the institution, according to Körner: "The Army, far from mixing all social classes, was composed of people with no skills or vocation for other professions... Drinking and gambling were rampant, as was the vice of 'concubinage' – or cohabitation with women out of wedlock ... and the corruption would have been complete had there not been brutal punishments, with shackles and up to 200 beatings with a baton."^{vi}

Seeking to erase this history and reinvent themselves, the Armed Forces along with associated or occasionally useful institutions (like the academy, such as the historians Julio Heise González from the Universidad de Chile, and Ximena Rojas Valdés from the Universidad Católica, who were co-authors of *The History of the Chilean Army*) published a torrent of books to craft a mission, redemption, and resurrection.

In this context, the need to reconstruct history also serves to recreate a hegemonic masculinity in question. This Cold War masculinity would establish itself through a dual process. On the one hand, there was an inversion, whereby the endangered victim is the nation itself, made vulnerable by its lack of moral fortitude. On the other hand, the Armed

Forces, who possess this integrity, become the one force in society ready to lead the crusade against communism. This subversive war, according to *The History of the Chilean Army*, transformed the Army into the "...last social sector with a hierarchy ... The only center of resistance with the strength and commitment to combat social decay" (Oehling 1977: 18).

According to the text, the Armed Forces took this leadership role based not just on their superiority but also on civilians' "notorious lack of capacity." Lacking any military capacity or ability to transcend their self-interest, civilians lost their manhood to the military, which asserts its dominant masculinity in its "executive" capacity to issue "unquestioned and unquestionable" orders. In contrast, civilians "make decisions more slowly and laboriously ... verbosely and often inept," in short, in ways befitting an "indolent" sector. Thus unhampered by the "flightiness" of politicians, the Armed Forces replaces the leadership role of civilian authorities, regarding them, like coquet women, as "fickle and unreliable," immersed in a "dirty and uncertain game unbefitting true gentlemen" (Oehling 1977: 226-30).

This assertion of hegemonic masculinity would grow into violence. The violence was the result of military perceptions shaped by the National Security Doctrine and of the normalized cultural construction of masculinity in Latin America and Chile, where "for men, learning violence is a way to valorize masculinity and restore honor and status" (Liendro Zingoni 1998: 132). In other words, here we find "the socially redeeming function of applying military violence to civil society" posited by Vidal (1989: 125).

The Army, women, and homosexuals

The policies on prostitution influenced by Ibáñez or promulgated during his administration reflected an attempt to control these women, who, as Körner explained, were a vital element for the Army, particularly given Chilean society's tolerance of prostitution. In October 1925, however, shortly after Alessandri left Chile and thus when the country was already under Ibáñez's control, a new Sanitary Code was issued that spelled out "harsh punishments for prostitutes and pimps" (Vera Sánchez 2004: 15).

Ibáñez's interest in containing and controlling this phenomenon was again evident in the new Sanitary Code issued on May 15, 1931. Article 73 of the Code stated, "For people dedicated to sexual commerce, health statistics will be kept, forbidding

their congregation in enclosed brothels or houses of tolerance. Police precincts will be responsible for enforcement of the measure and can order the closing of establishments where such brothels operate" (Vera Sánchez 2004: 16).

Ibáñez's measures against prostitutes were repressive public policies targeting women whose conduct was threatening and loose in the streets and fields of Chile, escaping the contained domesticity analyzed above. Their failure reveals the extent to which prostitution had established itself in a society dominated by "civilian degeneration," before the military took power.

Ibáñez's contempt for prostitutes found a counterpart in his violent rejection of homosexuals. In its admiration and praise for Ibáñez, *The History of the Chilean Army* denies the persecution of political enemies and the torture and mass murder of his opponents. His government, however, also carried out the so-called "anchorings" of enemies of the fatherland, like communists and homosexuals, who were thrown into the ocean to drown.^{vii}

One of the most prominent actors, directors, choreographers, and authors in Chile, Andrés Pérez, recently debuted his latest work, *La Huida* [The Escape], with his theatre company Gran Circo Teatro, which he wrote and directed and in which he starred. The play revolves around the persecution, torture and murder of homosexuals during the Ibáñez regime. It is based on oral histories collected in the area from which ships departed to throw prisoners in the sea.^{viii}

Conclusions

In the text, two of the realities that emerge from crossing the two axes selected are ambivalent. The Mapuches (A+-) and exceptional civilians like Balmaceda and Alessandri (C-+) possess one of the virtues comprising the hegemonic masculinity presented in the text. While the Mapuches demonstrate an innate military capacity, they are unable to sacrifice themselves for the Chilean nation but rather confront the Huincas to serve their own interests. While Balmaceda and Alessandri showed a capacity for self-sacrifice for the sake of the nation, neither had the ability to command that reaches its highest expression in military or warrior capacity.

The space of the abject (D--) tells another story. Here, the communist party, the ruling classes, and alterities like women, effeminate men, and homosexuals come to embody the internal enemies of the fatherland. This theoretical reality collapses when confronted by

a manifest reality, where there is no evidence of the military incapacity of the ruling classes or communist party or of the aforementioned groups' lack of capacity to sacrifice for the sake of the nation. In fact, the punishment of these alterities, barely mentioned in the text (or unmentioned, in the case of homosexuals), stems only from homophobia, as an expression of the threat homosexuality poses to a group like the Army, dominated by homosocial bonds.

Another theoretical reality (B++) that collapses when confronted by manifest reality involves the Chilean Army's military capacity and capacity for self-sacrifice. The systematic violations of human rights, Pinochet's alliances with right-wing politicians, and the economic benefits accrued by the Army while in power contradict the capacity for self-sacrifice celebrated in the text. Nor do the persecution, torture, and disappearances of civilians reflect a military capacity. Rather, the central problem lies in the sexual identity of the Army presented in the text.

The History of the Chilean Army presents a constant tension in the Army's relationship to power and civil society. And while this article does not seek to establish a causal link between the Army's threatened masculinity and an extraordinary violence that recalls the racist, homophobic, and sexist masculinity described by Kimmel, the text is nonetheless entangled in the heterosexual matrix described by Butler, marked by a sex that, as Wittig suggest, purports to be masculine. A discursive analysis reveals that this sex is constantly threatened and that like many other groups, the Army fails to attain hegemonic masculinity. Rather, the institution has historically regarded its masculinity as highly questioned, something particularly dangerous for an institution where the homosocial can easily turn homosexual given the isolation and closeness of its members. ■

i. Translated by Alberto McKelligan.

ii. Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*, 11 vol., (Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1980-1985). Throughout this article, I will use the words "army," "military institution" and "Armed Forces" interchangeably, even though the text itself was written by and for the army. Beyond stylistic considerations, this decision is based on the army's domination of other military institutions in the 1980s. To clarify arguments, I have also drawn on the writings of other military ideologues, such as Alberto Polloni (retired lieutenant colonel), *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional*, (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1972), or Eduardo Aldunate Herman (army major), *Las FF.AA. de Chile en defensa del consenso nacional*, (Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile, 1988).

iii. The concept of sexual difference within the heterosexual matrix was defined by feminists of the last century, like Adrienne Rich and French feminists Luce Irigaray and Hélène Cixous. Unlike the latter and following the path laid by Butler, many feminists of the 21st century, including myself, seek to overcome the concept of sexual difference.

iv. Wittig writes in order to eliminate the concepts of sex and gender. See Griffin Crowder (2007). The work by Monique Wittig cited by Butler is "The Mark of Gender," *Feminist Issues*, 5(2), 1985.

v. Brian Loveman and Elizabeth Lira (1999: 229-30) explain that these abuses and punishments were administered both to civilians and members of the Army. vi. Emil Körner, "El desarrollo histórico del Ejército chileno", cited by Juan Domingo Silva, "La prusianización del ejército de Chile : la primera modernización" in

<http://www.cee-chile.org/estudios/sil03.htm#Anchor-49575#Anchor-49575>

vii. "In Chile, 'fondear' means to throw a man's body into the sea; or rather, his cadaver, tying a heavy stone tied to his head." Manuel Anabalón, a 22-year-old teacher, had founded the magazine *Obra* to "combat the dictatorships besieging the nation." The police had him under surveillance, following him, until they detained him on June 12, 1932, taking him by force to the Antofagasta headquarters and from there to the dock where he was turned over to police, who put him on the steamship *Chiloé* along with thirty other teachers union representatives. From there, any trace of him was lost until his body turned up in Valparaíso Bay along with other people who had been disappeared. The journalist Meza Bell vehemently denounced the occurrence in the magazine *Wiken*, attributing the crime to Alfredo Rencoret, the director of security in Valparaíso, "a sinister character, at the service of every dictatorship from Ibañez to Dávila." Meza had documents implicating Rencoret as the material author of the crime, along with the entire security forces of Valparaíso and the country ("Meza Bell que denunció al asesino de Manuel Anabalón, ha sido asesinado a su vez", *Notas Gráficas*, December 22, 1932). The journalist Meza Bell was sequestered on the night of December 21, 1932 and later found murdered in a suburb of Santiago ("Fue imponente el sepelio del periodista chileno asesinado", *El Mundo*, 23 diciembre, 1932). An order to arrest police detectives like Rencoret caused significant resentment within the police, security personnel and the armed forces, who retreated to their barracks in opposition to civil society ("Creen haber arrestado al asesino del periodista chileno Mesa Bell", *El Mundo*, December 30, 1932, p. 3). See also, "Fue asesinado en Chile un conocido periodista", *El Mundo*, December 22, 1932. The sources are located in the archive of Editorial Haynes.

viii. I am personally familiar with the research conducted by Andrés Pérez and his Gran Circo Teatro, as I was a consulting historian for the work in 2000 and 2001. I thus directly witnessed the painstaking work that went into producing and staging the play. Shortly after, the noted historian Alfredo Jocelyn-Holt jointed the team. See Jocelyn-Holt (2001). On Pérez's decisive importance and influence on the Chilean stage, see: <http://www.grancircoteatro.cl/andres.html> and <http://www.opugay.cl/1281/article-28025.html>.

Bibliography

- Abbot, Megan E. 2002. *The street was mine: White masculinity in hardboiled fiction and film noir*. New York: Palgrave Macmillan.
- Aldunate Herman, Eduardo. 1988. *Las FFAA. de Chile en defensa del consenso nacional*. Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile.
- Aldunate Phillips, Raul. 1969. *Ruido de sables*. Santiago: Editorial Gracitán Nacional.
- Alfaro Muirhead, Christian. 1991. Notas sobre el establecimientos del Ombudsman en el ordenamiento jurídico chileno. *Revista de Derecho, Valdivia*. 2: 61-70, http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09501991000100004&lng=es&nrm=iso
- Almeyda Medina, Clodomiro. 1964. El Estado en Chile. *Revista de Derecho Económico*. 6-7.
- Alvear Godoy, Aníbal. 1977. *Por los caminos de Chile: ayer y hoy, hechos históricos y anécdotas, 1810-1976 del año veinte*. Santiago: Gráficos Corporación.
- Bari, David. 1922. *El ejército ante las nuevas doctrinas sociales*. Santiago, s.e.
- Barros Ortiz, Tobías. 1984. *Recogiendo los pasos: testigo militar y político del siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Braun Menéndez, Armando. 1979. *Mis memorias*. Santiago: Editorial Antártica.
- Britzman, Deborah. 1995. What is this thing called love? *Taboo: The Journal of Cultural Studies and Education*. 1: 65-93.
- Butler, Judith. 1990. *Gender trouble*. New York: Chapman & Hall.
- Chanady, Amaryll. 1994. Latin American imagined communities and the postmodern challenge. Amaryll Chanady, comp., *Latin American identity and constructions of difference*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, ix-xlvi.
- Cohen, T. H. 2001. *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth.
- Correa, Sofía. 2005. *Las riendas del poder*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Elias, Norbert. 1994. *The civilizing process*. Oxford; Cambridge, Mass.: Blackwell.
- Estado Mayor General del Ejército de Chile. 1980-85. *Historia del ejército de Chile*. 11 vols. Santiago: Estado Mayor General del Ejército.
- Eyzaguirre G., Jaime. 1965. *Fisonomía histórica de Chile e Historia de Chile*. Santiago: Ed. Zig-Zag.
- _____. 1967. *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Fuentes, Patricia and Waldo Ansaldi. 1994. Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana. *Cuicuilco*. 1(2): 193-229.
- Frühling, Hugo, Carlos Portales and Augusto Varas. 1982. *Estado y Fuerzas Armadas en el proceso político chileno*. Santiago: FLACSO.
- Garfias Villarreal, Jorge. 1986. *Manuel Bulnes Prieto. General del ejército de Chile, gran mariscal de Ancash y presidente de la república*. Santiago: TT.GG. del Instituto Geográfico Militar de Chile.
- Góngora, Mario. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ed. La Ciudad.
- González Salinas, Edmundo. 1987a. *Caballería Chilena: su historia guerrera, su evolución y progreso*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército
- _____. 1987b. *Reseñas históricas de las unidades e institutos del Ejército de Chile*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército, Chile, Biblioteca Militar.
- Greimas, A. J. 1971. *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Griffin Crowder, Diane. 2007. From the straight mind to queer theory: Implications for political movement. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*. 13(4): 489-503.
- Guttman, Mathew C. 2003. *Changing men and masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Herd, Gilbert. 1987. *The Sambia: Ritual and gender in New Guinea*. New York: Holt.
- Ingraham, Chris. 1994. The heterosexual imaginary: Feminist sociology and theories of gender. *Sociological Theory*. 12(2): 203-219.
- Jara, Álvaro. 1981. *Guerra y sociedad en Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.

- Jocelyn-Holt, Alfredo. 2001. El drama como "germen" de una nueva sensibilidad: A propósito de La Huida de Andrés Pérez. *Teatrae, Revista de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae*. 14-18.
- Joxe, Alain. 1975. *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Kimmel, Michael S. 2001. Masculinity as homophobia: Fear, shame, and silence in the construction of gender identity. T.F. Cohen, ed., *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth, 29-41.
- Leverenz, David. 1991. The last real man in America: From Natty Bumppo to Batman. *American Literary Review*. 3: 753-781.
- Liendro Zingoni, Eduardo. 1998. Masculinidades y violencia desde un programa de acción en México. Teresa Valdés y José Olavarría, eds., *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA, 130-136.
- Loveman, Brian and Elizabeth Lira. 1999. *Las suaves cenizas del olvido. vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*. Santiago: LOM Ediciones-DIBAM.
- Marcus, Sharon. 2005. Queer theory for everyone: A review essay. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 31(1): 191-218.
- North, Lisa. 1966. *Civil-military relations in Argentina, Chile and Peru*. Berkeley, CA: Institute of International Studies.
- Oehling, Herman. 1977. *La función política del ejército*. Santiago: Memorial del Ejército, special, limited edition, Biblioteca del Oficial, Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones Internas del Ejército, Sección Publicaciones Militares.
- Olavarría, José. 2000. De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. José Olavarría y Rodrigo Parrini, comp., *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago: FLACSO-Chile, 11-28.
- _____. 2001. *Hombres, identidades y violencia: 2º Encuentro de Estudio de Masculinidades*. Santiago: FLACSO, UAHC, Red de Masculinidades.
- Prats González, Carlos. 1985. *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago: Editorial Pehuén.
- Peri Fagerstrom, René. 1980-81. *Los batallones Bulnes y Valparaíso en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Imprenta de Carabineros.
- Polloni, Alberto. 1972. *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Ravest Mora, Manuel. 1979. *Juan Martínez, comandante de los mineros del Atacama*. Santiago: Mutual de Seguridad C.Ch.C.
- Roudinesco, Elizabeth. 2002. *La familia en desorden*. Buenos Aires: FDC.
- Saez, Carlos M. 1933. *Recuerdos de un soldado*. Santiago: Ercilla.
- Savran, David. 1992. *Communists, cowboys and queers: The politics of masculinity in the works of Arthur Miller and Tennessee Williams*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Sedgwick, Evelyn Kosofsky. 1985. *Between men: English literature and homosocial desire*. New York: Columbia University Press.
- _____. 1990. *Epistemology of the closet*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Sepúlveda Rojas, Arturo. 1980. *Así vivieron y vencieron. La logística del ejército chileno durante la Guerra del Pacífico: sus servicios auxiliares o anexos*. Santiago: s.e.
- _____. 1986. *Relatos militares*. Santiago: Empresa Industrial Gráfica.
- Subercaseaux, Bernardo. 2007. Raza y nación, el caso de Chile. *A Contra Corriente: A Journal on Social History and Literature in Latin America*. 5(1): 29-63. http://www.ncsu.edu/acontracorriente/fall_07/documents/Subercaseaux.pdf
- Sumara, Dennis and Brent Davis. 1999. Interrupting heteronormativity. *Curriculum Inquiry*. 29(2): 191-208.
- Téllez, Indalecio. 1944. *Una raza militar*. Santiago: Imprenta La Sudamericana.
- Torres Marín, Manuel. 1985. *Quintanilla y Chiloé. la epopeya de la constancia*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Tyler May, Elizabeth. 1988. *Homeward bound: American families in the Cold War era*. New York: Basic Books/Harper Collins.
- Valdés, Teresa y José Olavarría. 1998. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA.

- Valdivia, Verónica. 2003. *El golpe después del golpe*. Santiago: Editorial Lom.
- Varas, Augusto. 1988. *Los militares en el poder*. Santiago: FLACSO.
- Varas, Augusto and Felipe Agüero. 1984. *El proyecto político militar*. Santiago: FLACSO.
- Vargas Lonfat, Pedro. 1988. *Chile objetivo del terrorismo*. Santiago: Ed. Instituto Geográfico Militar.
- Vera Sánchez, Jessica. 2004. *Tres prostitutas en el teatro chileno (La Chepita, la Pepa de Oro y la Negra Ester*. Thesis to obtain the degree in acting, Departamento de Teatro, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Vial, Gonzalo. 2001. *Historia de Chile. Vol. 3*. Santiago: Zigzag.
- Vidal, Hernán. 1989. *Mitología militar chilena. surrealismo desde el superego*. Minneapolis, MN: Institute for the Study of Ideologies and Literature.
- Wittig, Monique. 1979. Paradigm. Elaine Marks y George Stambolian, comps., *Homosexualities and French literature: Cultural contexts/critical texts*. Ithaca: Cornell University Press.
- _____. 1985. The mark of gender. *Feminist Issues*. 5(2): 3-12.
- Wyatt-Brown, Bertram. 1983. Southern honor: Ethics and behavior in *The Old South*. New York: Oxford University Press.
- _____. The mask of obedience: Male slave psychology in the Old South. *The American Historical Review*. 93(5): 1228-52.



○ fracasso da identidade masculina hegemônica na *História del ejército de Chile*

Celina Tuozzo

Resumo

Durante a ditadura chilena (1973-1990), um grupo de militares e historiadores construiu, segundo uma ordem dada pelo próprio Augusto Pinochet, uma nova história do exército chileno, composta de onze volumes e publicada pelo Estado Maior do Exército. O propósito deste artigo é analisar, numa perspectiva crítica, esse texto, para revelar como a instituição tenta, embora não consiga, autorrepresentar-se como dona de uma masculinidade hegemônica, dentro da matriz heterossexual tal como concebida por Judith Butler.

Palavras chave

Masculinidade, Militarismo, Chile, Teoria *Queer*

Sobre a autora

A autora é graduada em Sociologia pela Universidade de Buenos Aires, com Mestrado e Doutorado pelo Instituto de Estudos Latino-americanos e pelo Departamento de História da Universidade do Texas, em Austin, respectivamente. Obteve seu pós-doutorado em Estudos de Gênero na Universidade do Chile e trabalhou como pesquisadora e professora na USACH e na Universidade do Chile. Atualmente, é pesquisadora no Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, e trabalha como pesquisadora principal do projeto EAP375, do Endangered Archives Program, da British Library, com sede na Fundação Simón Rodríguez, também localizada na cidade de Buenos Aires.

ESCRITURAS E CONTEXTOS

Este trabalho se coloca dentro da história do Chile e do oportuno exercício de analisar as instituições militares, para que possamos compreender os complexos processos políticos e sociais que tanto danos causaram, ainda sem reparação nem justiça, cometidos pela ditadura militar, entre 1973 e 1990ⁱ. Para isso, utilizaremos como objeto de estudo o texto denominado *Historia del ejército de Chile*, composto de onze volumes e escrito a mando do ditador Augusto Pinochetⁱⁱ. O texto foi escrito por uma equipe formada por cinco militares, cinco historiadores da Universidade do Chile e uma jornalista responsável pelas relações internas do exército.

A *Historia del ejército* se apresenta como um texto-monumento publicado pelo Estado Maior Geral do exército, entre 1980-85, e com o objetivo de difundi-lo exclusivamente entre os militares. Podemos considerá-la como uma obra de autorrepresentação da instituição, feita pelas autoridades do próprio exército, relatando a história oficial, a partir da qual os diferentes membros deveriam compreendê-la e se compreender. Para auxiliar a fluidez narrativa denominá-la-emos “o texto”.

Este artigo se inspirou na excelente análise da mesma obra, realizada pelo estudioso chileno Hernán Vidal. A obra de Vidal (1989) foi um instrumento fundamental para meu trabalho. Esse estudo nos mostra como o exército chileno construiu um imaginário, dentro do qual assume uma identidade de casta que não se sujeita e, conseqüentemente, está sempre em oposição ao poder civil. O texto nos mostra um exército que, sob a influência dos Estados Unidos, interrompeu a ordem democrática de uma sociedade civil que, segundo a percepção da instituição militar, o havia submetido historicamente a uma constante dominação. Se a masculinidade hegemônica é definida por sua relação com os outros homens, e se são esses os detentores do poder, então o exército e sua virilidade se debilitam diante dos civis, que vulneraram sua identidade masculina dominante.

Método e marco teórico

A metodologia utilizada nesse artigo é qualitativa, e os métodos aplicados baseiam-se na análise da representação que impera no texto e em outros, introduzidos para explicar argumentos fornecidos e também escritos por militares. Investigaremos o que é dito e não dito no texto. Para tal, utilizarei a técnica de análise do discurso segundo o texto de A. J. Greimas (1971). Também acrescentarei análise de arquivo e de caráter histórico.

Na interpretação teórica deste artigo, utilizaremos centralmente as contribuições da teoria feminista, representada especialmente por Judith Butler e Eve Kosofsky Sedgwick e suas contribuições à teoria *queer*. Podemos entender *queer* como a acentuação de uma perspectiva que prioriza mais a afinidade e a solidariedade do que a identidade (Marcus 2005). A identidade de gênero do exército, autorrepresentada no texto estudado, repousa sobre uma identidade sexual masculina, construída como imutável e que desconhece as complexas identificações e diferenças que a questionam. A necessidade de construir uma masculinidade singular e sem questionamento surge do que se denomina hetero-normatividade ou o domínio da heterossexualidade, que não se pode por em dúvida, que oculta a seu maior inimigo, a homossexualidade. Butler (1990) e Sedgwick (1985) trabalharam justamente a estreita relação entre a heterossexualidade e a homossexualidade e como elas se definem mutuamente.

No seu livro, *Between Men*, Sedgwick (1985) distinguiu o conceito homosocial do de homossexual. Se a heterossexualidade é uma permuta de mulheres que forja os vínculos homosociais entre os homens, o que mais preocupa uma sociedade assim conformada será a fronteira entre o homosocial e o homossexual, fronteira que sempre foi altamente patrulhada e vigiada: “na moderna cultura ocidental, um lugar de disputa de poder, paranóico e violento” (Marcus 2005: 198).

Por outro lado, Butler (1990: 16-25. 49-50) construiu o conceito de matriz heterossexual, dentro da qual são geradas as definições de gênero como identificação com o mesmo (masculino com masculino, por um lado, e feminino com feminino, por outro) e desejo por outro (masculino pelo feminino e feminino pelo masculino). Essa matriz heterossexual constrói os gêneros masculino

e feminino como normatividades que podem ser subvertidos, na medida em que a norma de gênero depende e é construída em torno daquilo que exclui, nesse caso, a homossexualidade. Desse modo, como no caso de Sedgwick, a relação fundamental não é a da masculinidade e feminilidade, mas, sim, a da homossexualidade e heterossexualidade.

A heterossexualidade irá impor o domínio masculino e a relação homosocial, ao mesmo tempo que irá perseguir e atacar a homossexualidade. O texto da *Historia del ejército* se inscreve dentro da hetero-normatividade, e a partir de um imaginário heterossexual. Entendo este último como “a maneira de pensar que oculta a operação da heterossexualidade na estruturação do gênero, e impossibilita qualquer análise crítica da heterossexualidade, como uma organização estruturadora. A consequência de se captar a realidade dessa maneira é que a heterossexualidade transita sem nenhuma contrariedade, ocorrendo naturalmente e sem questionamento. (...) O ponto de vista [dado pela] hetero-normatividade [impõe-se como] o critério dos arranjos sociossexuais prescritos e tomados como legítimos” (Ingraham 1994: 203-204). Mas, justamente, porque obedece a esta normatividade heterossexual, o texto se inscreve dentro da matriz heterossexual que dita a existência de duas identidades sexuais não abrangidas, a feminina e a masculina.

É nesse contexto que devemos interpretar o estudo crítico da *Historia del ejército*. Ou melhor, em nenhum momento, como em outras teorias feministas e de gênero, iremos propor um binarismo natural masculino e feminino nem uma heterossexualidade e uma homossexualidade, que nos são dados como opostos que organizam diferenças. Quando utilizo o conceito de matriz heterossexual de Butler, o faço quando este estabelece o espaço ideológico onde será construído o texto do exército chileno. Se aplicarmos os princípios de oposição e conjunção da análise de Greimas, obteremos os seguintes eixos semânticos, dentro dos quais a oposição deve ser entendida:

Masculinidade vs. Feminilidade
Eixo semântico: diferença sexualⁱⁱⁱ

Se subordinamos o segundo termo ao primeiro, como é a consequência usual da dicotomia do logocentrismo denunciado por Jacques Derrida, obteremos a seguinte oposição:

Masculino vs. Feminino = -M (Não Masculino)
Eixo semântico: hierarquia da diferença sexual

Como afirma Michael Kimmel (2001: 33), este masculino é “a definição hegemônica da virilidade [...] um homem no poder, um homem com poder e um homem do poder”. Em contraposição, o não masculino representará “esta noção de anti-feminilidade, presente no âmago das concepções históricas e contemporâneas sobre masculinidade... definida mais por aquilo que não se é do que pelo que se é”. A masculinidade hegemônica não tolera “variações de raça, de classe, de idade, de etnia, ou de orientação sexual”.

O texto de estudo tem a marca da masculinidade hegemônica que, de acordo com um dos mais destacados estudiosos sobre as masculinidades no Chile, José Olivarría (2000: 11), constitui uma masculinidade imposta aos homens que devem ser pessoas “ativas, fortes, potentes, racionais, emocionalmente controladas, heterossexuais, que são os provedores da família e cujo raio de ação está na rua”, adversários das mulheres, dos homens homossexuais, e dos “efeminados” (Valdés y Olivarría 1998; Olivarría 2001). Eles se contrapõem a esses grupos, colocando-se acima das mulheres, mas também de outros homens situados em uma posição inferior, numa ordem hierárquica. O que “leva, então, a estabelecer relações de subordinação, não apenas da mulher frente ao homem, mas também entre os próprios homens”. E se os homens, aos quais tal modelo hegemônico foi imposto, não o respeitam, “expõem-se a ser estereotipados como não pertencentes ao mundo dos homens viris, sendo marginalizados e tratados como inferiores, como ‘mulher’” (Olivarría 2000: 12).

O texto do exército chileno irá apresentar, inevitavelmente, rupturas, subversões à norma da masculinidade hegemônica e à relação homosocial, entre os homens. Neste sentido, é vital recuperar a definição de heterossexualidade dada por Sedgwick (1985: 118-119): a heterossexualidade envolve o medo da homossexualidade masculina, que se recanaliza através da “mulher”. A heterossexualidade, então, não apenas trata das relações entre os homens e as mulheres, mas, sobretudo, da relação com os outros homens. Quando os homens definem as mulheres como seus opostos binários é porque existe muito pouca diferença entre a masculinidade homosocial e a masculinidade homossexual. Neste contexto é que funciona a diferença de gênero entre dois polos, um masculino e outro feminino. Assim, este trabalho tenta denunciar a heterossexualidade como um dos eixos que naturaliza e organiza a autorrepresentação do exército, no texto. Sem qualquer questionamento, o texto “reforça a ordem corrente e seus valores” e impossibilita

analisar “as maneiras completas em que o gênero está atado à heterossexualidade como forma institucionalizada e hegemônica... e como instrumento a serviço do capitalismo e do patriarcado” (Ingraham 1994: 209).

Ingraham define o conceito de gênero como funcional à heteronormatividade dominante: “gênero, ou o que chamaria ‘heterogêneros’, é a estratificação assimétrica dos sexos com relação às instituições historicamente mutantes da heterossexualidade patriarcal. A reformulação do gênero como hétero-gênero coloca em relevo a relação da heterossexualidade e do gênero” (Ingraham 1994: 204). Do mesmo modo, Dennis Sumara e Brent Davis (1999: 195-196) definem as identidades masculinas e femininas como “ações discretas da identidade”, porque devem ser entendidas dentro e na matriz heterossexual. Passam, então, a analisar “as mitologias culturais” em torno do que constitui a heterossexualidade, a partir da teoria *queer*, tentando, como afirma Deborah Britzman (1995: 68), “romper com as noções de senso comum sobre o que constitui o sexo, a sexualidade, o prazer, o desejo e as relações entre estas e as tecnologias, para aprender sobre as diferenças e exercê-las”. Trata-se, então, de analisar e denunciar o heterossexismo generalizado e a “onipresente homofobia” (Sedgwick 1990).

É a partir desta homofobia que se constrói a masculinidade hegemônica, que por sua vez, impõe o binarismo homem/mulher, próprio da matriz heterossexual concebida por Butler. Trata-se de um modelo hegemônico tanto discursivo como epistemicamente baseado na suposição de que, para que os corpos tenham coerência e sentido, deve existir um sexo estável, expressado num gênero estável: o masculino expressa o feminino, e o feminino expressa o masculino, que é definido oposicional e hierarquicamente através de uma prática compulsiva da heterossexualidade (Butler 1990: 151).

O “contrato heterossexual” de Monique Wittig inspirou, principalmente, a Butler na sua concepção sobre o conceito de matriz heterossexual. Esse contrato produz, para Wittig (1979: 114), o binarismo masculino/feminino que, por sua vez, “surge de uma restrição binária do sexo com fins reprodutivos”. E o gênero, por sua parte, “constitui uma episteme conceitual, por meio da qual se universaliza o sexo binário”, que designa e qualifica as pessoas. Assim, Wittig demonstra que as pessoas, dentro da linguagem, sempre são marcadas pelo gênero, “dando lugar a um conceito ontológico primitivo que impõe na linguagem uma divisão dos seres em sexos”^{iv}. Isto, segundo Butler (1990: 21-22), leva à concepção “de que uma pessoa é um gênero, e o é em virtude do sexo dela ou dele”. O sexo serve, então, como um “princípio unificador do ser e mantém essa unidade sobre e contra ‘o sexo oposto’... assim, enquanto uma pessoa

é de um determinado gênero, uma outra não o será; uma formulação que pressupõe e impõe a restrição do gênero dentro deste par binário” (4).

Este binarismo feminino/masculino funciona apenas dentro da matriz heterossexual e numa representação que exclui outras identidades além da feminina e da masculina, enquanto obedece a uma política específica da identidade que exclui outras identidades (Butler 1990: 17). Neste sentido, o texto analisado nesse artigo vai se caracterizar por formar uma concepção de masculinidade hegemônica, expressada em um discurso que obedece à heterossexualidade institucionalizada, que sela a prisão da linguagem, como afirma Wittig, por e com a marca do sexo. A bipolaridade masculino/feminino constitui, então, uma construção histórica, tanto sociocultural quanto política. Analisemos estes conceitos na intenção de compreender sua especificidade socio-histórica.

Contexto histórico de produção do texto

A bipolaridade, que atravessa o texto dos onze volumes da *Historia del ejército*, é o produto histórico do que D. Savran (1992) denomina como “as políticas de masculinidade da Guerra Fria”. Um fenômeno mundial, que comprometeu centralmente as Forças Armadas da América Latina; principalmente, no caso chileno, pela chegada ao poder do governo socialista de Allende. Além do mais, os volumes da *Historia del ejército* foram escritos com uma arma para se lutar contra o comunismo, em um ambiente marcado pela Guerra Fria e pela ditadura de Pinochet. Diz o texto: “A concepção internacionalista e antimilitar não podia ser aceita por nossas Forças Armadas, pois os setores comunistas e socialistas reescreveram ‘a história nacional, atingindo de maneira letal o que até então eram consideradas suas glórias mais indiscutíveis, inclusive as guerreiras” (Estado Mayor 1980-85: IX, 33).

A posição anticomunista se acentuou depois da Segunda Guerra Mundial, quando as Forças Armadas chilenas receberam especialistas, armamentos e treinamento dos Estados Unidos, através do Pacto de Ajuda Militar (PAM), e do firme alinhamento chileno ao bloco ocidental, ficando contra as “exigências e intransigências” da União Soviética (Estado Mayor 1980-85: IX, 74-94).

A partir deste contexto, passemos a analisar as políticas de masculinidade da Guerra Fria, que impôs, com força e “rígido controle”, “uma rigorosa divisão laboral, de acordo com os gêneros, e uma correspondente polarização dos ‘papéis sexuais’ masculinos e femininos” através da família, utilizada como um mecanismo de vigilância e disciplina “que imprimiria com sucesso esses ‘papéis sexuais’, dos quais seria impossível de se escapar”. (Savran 1992: 53).

Assim, a hegemonia da Guerra Fria se impôs, nesse momento, através da família liderada pelo “estereótipo predominante da masculinidade”, ou melhor, pelo homem dono de um trabalho adequado, pronto para ganhar o sustento necessário para manter sua família e, assim, “privilegiando o sujeito ativo, heterossexual e masculino”, ao mesmo tempo em que “se rebaixavam as mulheres, os gays e as lésbicas” (25, 173). O homem conhece somente o êxito, protagonista da masculinidade hegemônica da Guerra Fria, o herói da Segunda Guerra Mundial, que, depois de assegurar a democracia mundial, regressa para gozar do espaço doméstico com seus “paradigmas da masculinidade e feminilidade”, que a família se encarrega de impor e reproduzir (Savran 1992: 2, 13).

O conceito utilizado por Savran é o da “domesticidade da contenção”, cunhado por Elaine Tyler May (1988), para se referir ao aspecto privado e familiar da teoria da contenção do comunismo e sua expansão, no nível das políticas públicas e internacionais. Dentro das paredes da casa, qualquer força social potencialmente perigosa devia ser dominada, de tal maneira que a ideologia da Guerra Fria e a revitalização da domesticidade resultavam em dois lados de uma mesma moeda. A casa, afirma Tyler May, é a arena onde se desestabiliza a subversão, em particular, a possibilidade de uma ativa sexualidade feminina. Savran (1992: 7, 41-2, 55, 86) amplia esta afirmação e inclui “o temor à efeminação” e “o pânico homofóbico”, que permitiram “um nível sem precedentes de vigilância das práticas sociais e sexuais” dos membros da família e de “todas as organizações públicas”.

É a família que ficará responsável por afirmar “os papéis sexuais e as relações de gênero”, assim como “dominar todas as revoltas”, em uma função que Elizabeth Roudinesco lhe conferira, já no século XIX, depois da fundação da modernidade com a Revolução Francesa: a família garante a moral, que, por sua vez, conserva a ordem social, através do matrimônio ou da união monogâmica e voluntária de um homem e uma mulher (Savran 1992: 13; Roudinesco 2002: 42). Nasce assim, na história da família, o que Roudinesco (2002: 38, 40) denomina “a nova soberania burguesa”, que sexualiza “o laço social” e passa a impor “a diferença sexual — o masculino contra o feminino e vice-versa”.

O conceito de contenção doméstica, estabelecido por Tyler May, também é utilizado por Megan E. Abbot (2002: 7), em seu estudo sobre as novelas de detetives escritas por Raymond Chandler e James Cain e os filmes noir. Abbot analisa o que Olavarría chama masculinidade

hegemônica como o “ideal de masculinidade, que, cotidianamente, requer dos [homens] autodisciplina, aspereza, autocontrole e muita força”. Outros dois requisitos, esclarece Abbot, são necessários para manter este nível de masculinidade idealizada: a capacidade de direção nos assuntos públicos e o sacrifício do ego, em benefício da comunidade e do bem maior (5). Duas características centrais à identidade do exército. No entanto, surgirão diferenças entre o modelo de masculinidade hegemônica, que surge a partir da Guerra Fria, e a identidade masculina aventada pelo texto.

O exército chileno e a masculinidade hegemônica

A domesticidade é para as mulheres encerradas na família o mesmo que, para os militares, é o seu pertencimento ao exército, mesmo antes da Guerra Fria. O exército, a família militar, irá se impor como um mecanismo de vigilância, imprimindo os papéis, sobretudo o sexual, e a afirmação do homosocial versus o repúdio ao homossexual ou ao homem efeminado. Assim era descrito o oficial chileno: “Sempre correto em seu traje, em suas maneiras, sempre cuidadoso com o trato pessoal, mas sem incorrer em afeminamentos ridículos” (Estado Mayor: VIII, 33). O que a *Historia del ejército* reprime é a “degeneração civil”, que era evitada pelo recolhimento dos militares dentro da instituição armada; os soldados e “a vida deles dentro dos muros do quartel, sem se contaminar com a agitada vida política do exterior”. Esse isolamento militar purifica e, ao mesmo tempo, permite uma coesão entre os membros componentes. Historicamente isso ocorreu “depois da Guerra Civil de 1891 [e] o plano de reformas iniciadas, em 1885, pelo Coronel Emilio Körner e os instrutores alemães, especialmente contratados pelo governo chileno. O exército, concentrado em suas atividades profissionais, foi progressivamente se afastando dos altos e baixos da política e da sociedade, transformando-se em um grupo social autônomo e não contaminado, refúgio da sobriedade e da ordem cívica” (40).

Esta integridade sem mancha, produto do isolamento, também impôs a solidão do exército diante de uma sociedade que não compreendia a experiência inerente da vida dos militares, facilitando a ingratidão dos civis. O major Eduardo Aldunate Herman (1988: 93) escreve sobre este “fato sintomático” na história, ou seja, “o profundo desconhecimento dos motivos que guiam os homens de armas, das características que lhe são próprias”, e que leva os governos civis a “incitar” os oficiais e suas tropas a entrar no jogo político. Neste sentido, o golpe militar iniciado em 2 de setembro de 1924, e que foi denominado como “o ruído de

sabres”, foi um mal-entendido. O general Carlos Saez (1933: ii, 69) escreve que “algumas pessoas queriam apresentar o movimento de setembro como um ataque aos cofres públicos feito pelos membros das instituições armadas. Essa é uma acusação rancorosa e injusta”. Porque, como explica o tenente Raul Aldunate Phillips (1969: 31), “os oficiais que foram às tribunas jamais imaginaram a transcendência política de sua corajosa atitude”.

Essa linguagem sentimental, diante da incompreensão e da maledicência dos civis, termina por enfraquecer os discursos militares frente aos políticos, que conseguiram seduzi-los, obrigando-os a servir aos seus interesses: A “Sociedade Militar’ ... há meses estava realizando reuniões privadas, mas nem por isso menos agitadas ... às quais ‘compareciam com discrição políticos ou jornalistas contrários a don Arturo [Alessandri, presidente do Chile]’ ... que estimulavam com dissimulação a fogueira do descontentamento”. O que levou, segundo *Historia del ejército*, à condenação dos jovens oficiais por parte de grande parte do governo, que, na verdade, deveria ter punido os políticos e não os militares (Aldunate Herman 1988: 88). Como vítimas da falta de compreensão e como objetos do que Aldunate Herman denomina a incitação de certos grupos civis, os militares perdem duas das principais características da masculinidade hegemônica: a fortaleza e o autocontrole.

Como explica Vidal, nos livros e artigos escritos pelos militares, essa perda de masculinidade por parte do exército expressar-se-á através do ressentimento. Assim, o tenente-coronel da reserva, Alberto Polloni, na sua história sobre as forças armadas e sua relação com a sociedade chilena, expressa-se em termos de “um sentimento de vergonha dos militares”. Vergonha pela humilhação imposta pelo poder civil, e que constitui um elemento crítico para entender este exército com sua masculinidade questionada, por que se autorrepresenta como passivo e, como veremos mais adiante, mártir e vítima – características por excelência da condição feminina, na história do ocidente cristão (Wyatt Brown 1988). A vivência e leitura dos militares de sua própria condição é a de um exército chileno humilhado, que necessita ajustar contas com a sociedade civil, um sentimento de inferioridade que deve ser compensado. Quanto maior é a vergonha, mais aguda a feminização e, assim sendo, mais brutal a urgência de recuperar a masculinidade ameaçada.

A vergonha dos militares constitui, segundo Vidal (1989: 87), a “experiência coletiva radical de vergonha de casta e inferioridade vividas frente à ‘hegemonia civil’”. A “memória institucional” militar caracteriza-se, continua Vidal, como um “acúmulo de sofrimento causado pela vergonha”, resultante das relações problemáticas entre as

forças armadas e o poder civil. Esse “acúmulo de sofrimento” justifica, na consciência militar, as intervenções como os golpes de Estado, assim como seus custos sociais e humanos.

Dessa maneira, Vidal (1989: 87) denuncia na narrativa da *Historia del ejército* a presença da “vergonha que surge em um momento crítico da vida, em que as circunstâncias questionam e ameaçam os valores que são considerados como essenciais para sua existência como personalidade... Sem eles, o ser fica exposto diante dos olhos da comunidade como ente fundamentalmente inadequado, deficiente, diminuído”. Foi o que aconteceu, como veremos, em certos períodos críticos de humilhação do exército diante dos governos civis, como a Guerra Civil de 1891 e o parlamentarismo, que surgiu desse conflito. Do ponto de vista de uma análise crítica do gênero da instituição, dentro da matriz heterossexual antes analisada, ressignifico esta “vergonha” como a perda da masculinidade, pela subordinação das forças armadas ante as instituições civis. Por que quanto maior a perda da masculinidade, maior a afeminação da instituição, segundo a lógica binária da matriz heterossexual.

Como explica Abbot (2002: 80, 87-8), quanto mais a masculinidade é questionada mais ela será compensada por uma masculinidade exacerbada, que se reforça, durante a Guerra Fria, com o que Abbot chama “binários normativos de gênero”, “tradicionais” e “esperados” na conduta masculina. O binarismo homem-mulher garante dicotomias que impedem qualquer possibilidade de combinação e confusão, porque a alteridade teme a mistura. Dessa maneira, as séries binárias são constituídas e se reconstituem com a finalidade de impor limites e apagar fronteiras onde, como explica Sedgwick, podemos encontrar e enfrentar diferenças fragilmente constituídas, como o espaço do homossexual e do homossexual.

Essa masculinidade hegemônica e idealizada, própria da Guerra Fria, tanto para Savran como para Abbot, apresenta características que o texto da *Historia del ejército* repetirá, mas com contradições, para aqueles homens marcados por uma “vocaçao militar”. Quando se analisa o discurso sobre o soldado se encontra uma constante: a centralidade do vínculo entre os homens de armas e seus companheiros e superiores.

O específico e característico dessa vocação são: o espírito militar, o espírito de corpo, a cooperação, a tolerância e a alegria do trabalho. O “espírito de corpo”: é um “acúmulo de sentimentos”, como a coesão “junto ao chefe que os comanda”, e a “lealdade” para “criar, garantir e conservar a união entre os homens de armas”. Então, “o soldado... é incapaz de... traição ou desliz”. “A cooperação” implica preterir os interesses pessoais e os afetos familiares em favor da “cooperação”, da “camaradagem fiel e solidária”.

“A tolerância” é não cair em “pequenas divergências que possam separar os homens, [porque] o grandioso é marchar sempre juntos”. Enquanto que “a alegria do trabalho... mitiga as frustrações, estreita a amizade, unifica os esforços, dissipa as paixões e não permite que as tristezas nos oprimam”. Similarmente, “a camaradagem [é] entendida como o afeto que cria uma ligação entre pessoas empenhadas em cumprir uma mesma tarefa” (Estado Mayor 1980-85: X, 180-2). Algumas palavras que definem a vocação militar:

Expressões que caracterizam o soldado
“companheirismo”
“acúmulo de sentimentos”
“junto ao chefe que os comanda”
“incapaz de... traição ou deslize”
“preferir os... afetos familiares”
“ marchar sempre juntos”
“amizade”
“afeto”

Essas expressões fazem referência a afetos e emoções que levam, inclusive, os militares a preferir os amores familiares, para dar prioridade ao amor que se tem pelo exército, pelo chefe e pelos companheiros, tornando impossível a traição ou a infidelidade. A esfera emocional, que é acentuada no soldado, entra em confronto com a masculinidade hegemônica que compete em um mercado onde os homens competem. Assim, “o companheirismo”, “o afeto” e “a amizade” entre os soldados irá se opor ao individualismo, que se opõe ao rival. Não há união, nem sacrifício, nem muito menos lealdade, mas, sim, uma relação homosocial, que exclui todo vínculo sentimental entre os homens. A masculinidade da *Historia del ejército* apresenta grandes diferenças com a hegemônica:

Masculinidade hegemônica vs. masculinidades no texto

Masculinidade hegemônica	Virtudes próprias do soldado na <i>Historia del ejército</i>
“emocionalmente controlad[o]s”	“acúmulo de sentimentos”
Heterossexuais com família	“preferir os ... afetos familiares”.

“seu raio de ação está na rua”	Isolamento no quartel e o isolamento: “o elemento mais valioso para que a existência do Exército esteja imune a contágios doentios”
Competitividade	“companheirismo” e “amizade”
Racionalidade	“afeto”
“acumulação de capital”	Austeridade
Individualidade	“sacrifício”
Exercício do poder	Hierarquia e coesão “junto ao chefe que os comanda”.

A contradição entre a masculinidade hegemônica e aquela que o exército constrói, em sua autorrepresentação, consolida-se, principalmente, na hierarquia que define a característica principal do soldado: a obediência. Obedece-se sem duvidar ao chefe, alçado à condição de princípio da ordem, de coluna vertebral da instituição militar, já que, sem ele, “instaura-se a confusão e se propaga o cansaço físico e mental”. O chefe “tem alto o espírito, serena a mente, firme o ânimo e músculos fortes”. Seu valor “se propaga como uma corrente magnética, estremecendo os temerosos e indolentes e irradiando, para todos os cantos, seu enérgico e vital comportamento formal. ... A vitória é obra sua, já que, pessoalmente, é ele o artífice do triunfo, como também é responsável pelo trabalho” (Estado Mayor 1980-85: X, 185). Esta centralidade do chefe, que concentra o poder sobre seus subordinados, questiona a masculinidade destes, porque o poder é o eixo em torno do qual se organizam e estruturam as relações entre os homens: “a masculinidade significa poder – sobre as mulheres, sobre outros homens”. Por isso, o acesso diferencial ao poder questiona a experiência da masculinidade hegemônica, que se torna uma masculinidade defensiva para prevenir o sentimento de emasculação. A obediência inquestionável a um chefe, que monopoliza o poder sobre seus soldados, deve compensar “tais medos” e “esta profunda vergonha de que são não masculinos e serão expostos por outros homens”. Esta compensação é o que Kimmel (2001: 39) denomina a “virilidade do racismo, do sexismo [e] da homofobia”.

O exército como a raça fundadora

Diante da ameaça percebida pelos outros que enfraquecem a masculinidade do exército, a *Historia del ejército* ensaia uma “série de posturas” defensivas no nível narrativo, ideológico e histórico. A primeira

consistirá em fundar sua masculinidade como diferente e superior ao resto da sociedade, assumindo a identidade de uma raça única. As vivências do corpo militar, como historicamente inferior e injustamente menosprezado pelos governos civis, serão compensadas com a formação do exército como uma raça e uma linhagem fundadas antes do surgimento da própria nação. Quais eram as características que o exército, como raça fundadora do Chile, dava de herança à nação? O povo de Chile é “guerreiro, descendente de espanhóis e mapuches”, porque, segundo a *Historia del ejército*, a composição da “raça” chilena surgiu da mistura dos sangues araucano e dos conquistadores espanhóis: “Amalgama [que] se efetivou no cadinho da guerra [e] conformou um espírito de raça, do qual o chileno herdou virtudes militares que são a essência da nacionalidade” (Estado Mayor 1980-85: I, 23-25; Vidal 1989: 30-31). De tal maneira que “ser patriota” implica “diferenciar-se do civil”, porque o “ser” e a “consciência” criollas são militares desde as origens (Estado Mayor 1980-85: I, 20, 54-55). O exército foi construído, assim, não apenas como “a raça fundadora”, mas, também como a única instituição que pode salvar a pátria da “degeneração civil”.

Mas, o que devemos entender por “raça” militar e por “degeneração racial”? “A invasão... de novos setores sociais [classe média e trabalhadora] irá se manifestar no diagnóstico de um organismo social enfermo” vítima “da degeneração da raça chilena”. Os conceitos de “raça” e “degeneração racial” foram introduzidos no Chile, no final do século XIX e princípios do século XX, pela influência do sociólogo francês Gustave Le Bon, que é considerado como um dos autores de maior impacto na América Latina. Escrevia Le Bon: “Cada raça tem uma constituição física tão marcada como sua constituição anatômica, as características psicológicas são transmitidas regular e fielmente por herança. Este conjunto constitui o que em justiça podemos chamar do ‘caráter nacional’” (citado em Estado Mayor 1980-85: I, 100, nota 15). Segundo o historiador chileno Bernardo Subercasaux (2007: 33-34), Gustave Le Bon (1841-1931) foi o darwinista social mais lido e citado na América Latina:

Para Le Bon, as raças têm, a partir de seu componente biológico, uma constituição mental, uma alma e, conseqüentemente, possuem características intelectuais e morais que são as que irão de maneira definitiva determinar a evolução de um povo. Le Bon era médico e se aproximava das ciências sociais como um diagnosticador de continentes enfermos... Muito lido no Chile, foi o principal difusor da teoria de que a história e o devir de um país dependem, mais que de suas instituições, de seu caráter e de sua raça.

Nesse período de virada de século, a identidade, nesse caso, a nacional, consistia em um conceito essencialista, com

“características psicológicas e físicas que são transmitidas por herança, de tal maneira que a alma nacional estava definida em termos raciais”. Este é um princípio unificador, uma totalidade fechada em torno do eixo nação. No caso do exército, como raça única e “fundadora”, construtora da nação chilena. A expressão “fundadora” também pode ser compreendida em termos das “políticas estatais”, pois “estas visavam à sociedade e tinham a intenção de modificá-la” (Fuentes y Ansaldi 1994: 197; Chanadi 1994). Quando a Constituição de 1833 foi promulgada, o general e presidente do Chile, Joaquín Prieto, comprometeu-se com o povo a não deixá-lo nas mãos das “mudanças” da política que os tornavam cativos das “preocupações”. De tal maneira que, em cada golpe de Estado, em cada violação do juramento de defesa da democracia, ou seja, “cada vez que o exército desempenhou funções de caráter governamental, o fez por... um irrestrito amor pela Pátria”. Isso é porque “a instituição sempre saberá defender o mais genuíno e puro de nossa nacionalidade” (Estado Mayor 1980-85: X, 44-45). Assim, quando a degeneração civil impede o desenvolvimento da pátria, a raça militar fundadora retoma a sua direção.

Martirologio

A *Historia del ejército* adota outro recurso para superar uma história que ameaça a sua pretendida masculinidade hegemônica. Trata-se do martirologio de um exército que sofre humilhações e desonras, por decisões equivocadas do poder civil. A seguir um claro exemplo do exército que sofre, porque foi vítima de políticas equivocadas.

Em 1886 ocorreu uma epidemia de cólera no Chile, vinda da Argentina. Para evitar o contágio, foram criadas barreiras militares na cordilheira para impedir a entrada no Chile, mas as pessoas desobedeciam, o que causou muitas baixas entre os militares. O texto explica que “o Exército pagou seu tributo, perdendo muitos de seus membros”, porque os civis... esquivam-se” de seus deveres, em contraste com os “abnegados homens do exército” (Estado Mayor 1980-85: VII, 77).

A história da humilhação sofrida pelo exército, sob o jugo do poder civil, teve um de seus momentos mais dramáticos durante a Guerra Civil, em 1891. O presidente José Manuel Balmaceda enfrentou o Congresso, que se rebelou para defender seus interesses. O exército “esteve desde o primeiro momento com o Presidente constitucional”, ainda que sem assumir “uma posição política”, dada “sua natural e doutrinária distância da coisa política” (Estado Mayor 1980-85: VII, 96). O que não impediu que militares, como o próprio Körner, Estanislao del Canto e o depois presidente Jorge Montt, se somassem aos rebeldes e à sua agenda política (VII, 128-73). Entretanto, o texto não apresenta estes fatos como políticos e os narra com uma evidente ausência de juízos de valor.

A *Historia del ejército* volta à guerra civil, em mais um capítulo do martirologio, no qual se autorrepresenta. Assim, relata que o exército derrotado, obediente ao presidente eleito, foi vítima de saques, assassinatos, incêndios, apreensões e julgamentos arbitrários (Estado Mayor 1980-85: VII, 165-66, 171). A isto se somava o conflito dentro do próprio exército, produto dos “resentimentos derivados da Guerra Civil de 1891”. É que “do conflito civil surgiu uma geração de chefes e oficiais não profissionais, promovidos por razões políticas, que tomaram para si o alto comando, em prejuízo daqueles que eram oficias de carreira do exército”. Injustiça que determinou a humilhação dos militares mais representativos da instituição, pela perda de suas posições no exército. Entretanto, “a necessidade de reconduzir o exército a seus antigos moldes, contribuiu para o retorno às suas fileiras de grande parte da oficialidade de carreira, que tinha dado baixa, e, pouco a pouco, a normalidade retornou, para o bem da instituição, ainda que esses oficiais devessem, em muitos casos, sacrificar sua graduação e recomeçar em hierarquias inferiores”. Essa capacidade de autossacrifício, por parte do exército regular, não encontrava par na “oficialidade proveniente da Guerra Civil, que logo abandonou a vida militar e regressou às atividades civis” (VII, 177, 325-26).

Depois da Guerra Civil, abriu-se um capítulo nefasto para a *Historia del ejército*, “a República parlamentarista, surgida depois da Guerra Civil de 1891, se distraía no jogo político... A cidadania via com maus olhos essa constante luta política, que atrasava a resolução de assuntos urgentes de Estado e de leis que beneficiavam ao povo, colocando em perigo a estabilidade social” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 17). Entre essas leis, que esperavam a sanção no Congresso, estavam as de promoção dos oficiais médios e as leis de aumento dos soldos militares. Entre as queixas figuram, principalmente, os pleitos por aumento de soldos, pela incrementação do ritmo e número das promoções, e o fato de serem forçados a conviver com o suborno: “os militares demonstraram de maneira clara seu descontentamento com essas eleições... que eram uma farsa, na qual o suborno tinha um peso opressor e incontestável, e que a compra de votos era feita de forma aberta e repugnante” (VIII, 208-9).

Antes do golpe de setembro de 1924, quando os oficiais se manifestaram no Congresso contra os políticos, começou a ser difundido um manifesto com as exigências do exército. Os oficiais demonstraram com

veemência a firmeza de seu sentimento de impotência, diante das decisões dos civis, e se queixavam de servir a uma “política gangrenada”, que exigia uma imediata “intervenção cirúrgica”. Quem empunhou o bisturi foi “o homem forte de Chile”, “o árbitro, o que coloca ordem”, que encontrou a “República e suas instituições fundamentais fora dos eixos, e as molas do mecanismo estatal desreguladas, a moral pública e o espírito cívico abatidos”. Carlos Ibáñez foi quem “consertou com mão firme o que se achava desregulado... reavivando a consciência de nosso valor como Nação e como raça”. Foi somente a crise de 1929 que acabou com o seu governo, e ele renunciou com o única finalidade de “evitar desordens internas, que poderiam acabar em derramamento de sangue” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 208-9).

Segundo o texto, quando apresentou sua irremediável renúncia, “com os olhos marejados, pálido, mas firme e tranquilo, apenas seus companheiros de armas o compreenderam” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 299-300; Vidal 1989: 48, 89-90). Ibáñez é um mártir militar, sofrendo o mesmo que o exército estava acostumado a suportar como instituição: o isolamento, a incompreensão e a ingratidão coletivos. Restaurando peculiaridades próprias da masculinidade hegemônica, Ibáñez redime a casta militar, sacrificando-se em silêncio. Apresentou voluntariamente sua renúncia em total controle de suas emoções, e com o rigor da autodisciplina. Sugerimos que, com Ibáñez, o mártir da *Historia del ejército* chega a certa santidade, graças ao “conceito de dever, seus antecedentes morais, sua capacidade intelectual e sua vida pessoal sóbria e simples” (VIII, 304).

O exército e os outros

O texto irá compensar a questionável e pretendida masculinidade através de uma virilidade racista, sexista e homofóbica, e construirá, com desprezo, as alteridades nele representadas. Na sua luta por alçar como modelo a própria masculinidade, a *Historia del ejército* irá debilitar e questionar as virilidades dos outros. Com a finalidade de identificar quem são esses outros, e deixar claro o papel deles no texto, utilizaremos a análise estrutural.

Os dois eixos que selecionaremos serão a capacidade militar e a capacidade de autossacrifício. Estas são as duas virtudes que caracterizam a masculinidade militar; sendo que a primeira define a virilidade do poder e a segunda revela a vocação militar. Este é o resultado:

		+y= capacidade bélica
	A+ Mapuches	B++ Forças Armadas
-x= incapacidade de autossacrifício	D-- Classe dirigente Partido Comunista Alteridades	C+- Balmaceda Alessandri
		+x= capacidade de autossacrifício
		-y= incapacidade bélica

Os mapuches (A-+)

Com alta capacidade guerreira, os mapuches se entregaram ao caos da guerrilha contra o governo chileno; nesse sentido, carecem de qualquer capacidade de se sacrificar pelo bem da nação. O relato do texto sobre a invasão do território dos mapuches, no século XIX, figura sob o nome de “A pacificação da Araucania”. A *Historia del ejército* ressalta o contraste entre o homem militar, lutando pela pátria, contra “os índios rebeldes”, que agiam na busca do “butim”. A disposição caótica versus a disciplina do exército, como vemos na seguinte tabela:

O Exército e os Mapuches

Exército	Mapuches
“A civilização”	“Vida semibárbara e violenta”
“progresso material dos povos”	(- atraso)
“segurança dos povoadores contra as quadrilhas de bandoleiros”	“proteção oferecida pelos indígenas [aos bandoleiros] por considerá-los inimigos dos huincas”
“militares... para impedir as incursões indígenas ou os roubos dos bandoleiros”	“criminosos” “foragidos”
“esses desmandos davam muito trabalho aos comandantes militares que... deviam enfrentar esses desalmados que... eram difíceis de intimidar e sabiam enfrentar com valor os soldados”.	“insegurança” “roubando” “desmandos”

A incorporação dos mapuches à nação, segundo o texto, foi obra do exército. A nacionalização dos “elementos ingovernáveis” também foi obra “das pequenas escolas rurais que se viram povoadas de indiozinhos”, ou “da presença dos padres capuchinhos e franciscanos, que se estabeleceram no território para evangelizar e instruir essa massa indígena, que agora era incorporada à República”. Assim, conclui o texto,

com otimismo, “desde 1883, os territórios da Araucania e seus habitantes, os mapuches, foram incorporados, passando a servir à nação, formando um só povo e um só país” (Estado Mayor 1980-85: X, 93-94, 101; VII, 265).

Alguns civis como J.M. Balmaceda e A. Alessandri (C-+)

Ainda que civis, e de certa forma, carentes de qualquer vocação militar e capacidade guerreira, esses homens demonstraram um alto espírito de sacrifício pela grandeza nacional. Balmaceda tratou de tomar medidas para fortalecer o executivo, quando o Chile necessitava de tal centralização, pois estava diante de um congresso dividido, que visava apenas ao seu próprio interesse. Pagou com sua vida a desobediência dos políticos. Alessandri, “como todo grande homem da história”... captou de forma admirável a nova corrente espiritual da época, tomou a defesa do social contra o espírito liberal individualista, que havia atingido seu patamar mais alto no regime parlamentarista” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207). Entretanto, a carência de vocação militar em ambos os condenara ao fracasso.

Classe dirigente, Partido Comunista, Alteridades (D--)

Carentes da capacidade para o autossacrifício e de qualquer tipo de capacidade militar, esses protagonistas do rebaixamento moral são os inimigos da nação e, assim sendo, do exército e das forças armadas.

A classe dirigente, antes da Independência e depois dela, submeteu, política e economicamente, o exército a um regime de subordinação, no qual imperava o arbítrio. Foi essa classe, antes de todas as outras, que devorou o exército com seu “apetite político” (Estado Mayor 1980-85: VIII, 81-100). Essa classe dirigente se impõe como a única dona da masculinidade, sendo a classe no poder, com poder e do poder, nas palavras de Kimmel (2001: 33). Os militares são os cativos desse grupo que possui o poder, a fortuna, o status social, a tradição e a história. Não são poucas as expressões do desprezo dos militares, dirigidas a esta elite civil. Escreve, por exemplo, o general Tobías Barros Merino: “E por que representar essa classe privilegiada, o senhorito, que compra com um punhado de moedas (que nem sequer ganhou com o suor de seu trabalho, e, sim, por herança) a vida de seus concidadãos?” Essa classe privilegiada, no século XIX, submeteu os militares à sua vontade própria, mesmo tendo o exército triunfado em duas guerras, como a da Independência e a do Pacífico. Resumindo, durante o século XIX e início do XX, segundo demonstra a *Historia del ejército* “a carreira militar é mal remunerada” e “cheia de sacrifícios e durezas”, e ainda foram obrigados a incorporar em suas linhas “elementos que não eram sempre os melhores” (VII, 17-18, 23, 29-30, 41-43, 56-57, 60-63, 72-76).

Com a finalidade de desacreditar o protagonismo dessa classe social, a *Historia del ejército* coloca o próprio exército nas origens da formação da raça chilena, ou seja, anterior ao surgimento da oligarquia comercial latifundiária, da época da colônia e do período posterior à Independência. Ao que se somaria a constante acusação contra essa elite de manter na pobreza os membros do exército, de decidir as promoções por favores pessoais e de condenar a instituição a uma função subordinada aos interesses de classe desses “señoritos”. O texto os denomina ‘pequenos círculos oligárquicos’, caracterizados por um “espírito liberal individualista”. Sua derrota principiou com o surgimento das classes médias e dos governos de Alessandri e Ibáñez (Estado Mayor 1980-85: VIII, 207-8).

Para o exército chileno, em seu texto de autorrepresentação, a história contra o comunismo se inicia no final do século XIX, com “as origens do movimento sindical chileno” e “da atividade subterrânea” das duas ideologias que, segundo o texto, precederam esse movimento: o socialismo e o anarquismo. Citando o mesmo historiador Gonzalo Vial, a *Historia del ejército* afirma que, para o anarquismo e o socialismo, as “forças armadas” eram “um inimigo que deviam combater porque, pelo atos de heroísmo, eram o grande obstáculo que se colocava entre seus propósitos de destruir a sociedade e sua efetiva realização” (Estado Mayor 1980-85: IX, 32). Dessa maneira, na perspectiva subjetiva que irá construindo, o exército é o homem que enfrenta seu inimigo para salvar a dama, ou melhor, a nação chilena.

Essa masculinidade salvadora, defensora da chilenidade e da pureza da raça, gerou uma identidade que se acreditava poderosa, dona de uma consciência que reflete sobre si mesma como uma casta moralmente superior. O que permitiu que as forças armadas chilenas adotassem a denominada Doutrina de Segurança Nacional. A doutrina reforçou a percepção da singularidade da raça militar e de sua “missão” histórica de salvar a raça chilena de si mesma e de seus inimigos: “A Doutrina de Segurança Nacional redefiniu os papéis das forças militares, em função da polaridade leste-oeste. ... Tais noções apontavam para o fortalecimento das desconfianças, com relação a qualquer tendência crítica do alinhamento hemisférico”, em particular, “os partidos marxistas existentes [que] passaram a ser ‘o inimigo interno’” (Valdivia 2003: 27-8).

Quando a falta de ordem e controle se originava na própria instituição, escreve Körner: “O exército, longe de ser uma mistura de todas as classes da

sociedade, compunha-se por pessoas que não tinham capacidade ou vocação para outra ocupação... . A bebida e o jogo tornavam-se correntes, além do vício do ‘amancebamento’ - convivência com mulheres sem a intenção de matrimônio... e a corrupção teria sido total, se não existissem castigos na sua forma mais brutal, como a chibata - até 200 golpes- e grillhões”^{vi}.

Com a finalidade de apagar o passado e de se recriar, as forças armadas e suas instituições periféricas ou, conjunturalmente, funcionais às mesmas (como os historiadores e coautores da *Historia del ejército*, por exemplo, Julio Heise González, da Universidade de Chile, e Ximena Rojas Valdés, da Universidade Católica), começaram a publicar uma série de livros como instrumentos de missão, redenção e ressurreição.

Nesse contexto, a necessidade de reconstruir a história também serve para recriar uma masculinidade hegemônica questionada. Essa masculinidade, na Guerra Fria, assentar-se-á sobre um duplo processo. Por um lado, produz-se uma inversão, na qual a vítima que se encontra em perigo é a nação, que se torna vulnerável, por carecer de força moral. Por outro, as forças armadas, na posse dessa integridade, irão se apresentar como os únicos membros dessa sociedade prontos a liderar essa cruzada, e defender o Chile contra o comunismo. A guerra subversiva, afirma a *Historia del ejército*, transformou a instituição militar no “último setor social hierarquizado... o último núcleo de resistência, com vigor e vocação, contra a dissolução social” (Oehling 1977: 18).

Segundo o texto, as forças armadas não surgiram como líderes apenas pela sua superioridade, mas, sim, pela “notória falta de capacidade” dos civis, que, carentes de capacidade bélica e do poder de transcender seus próprios privilégios, perdem a virilidade diante da instituição militar, que se impõe como o masculino dominante, por sua capacidade “executiva” de dar ordens “não discutidas e inquestionáveis”. Em contrapartida, os civis “tomam suas decisões de forma mais lenta e trabalhosa ... prolixa, quase sempre inepta”, enfim, típica de um setor “indolente”. Dessa maneira, as forças armadas desprovidas da “vaidade”, própria dos políticos, substituem em seu protagonismo o poder civil, concebido como mulheres vaidosas, “volúveis e instáveis”, imerso “em um jogo sujo, incerto e nada digno de cavalheiros” (Oehling 1977: 226-30).

Essa afirmação da masculinidade hegemônica crescerá até atingir a violência. Essa violência é resultado tanto da percepção dos militares, influenciada pela Doutrina de Segurança Nacional, como da construção

cultural normalizada da masculinidade na América Latina e no Chile, segundo a qual “a aprendizagem pelos homens da violência na vida constitui uma forma de valorização da masculinidade e do restabelecimento da honra e do status” (Liendro Zingoni 1998: 132). Ou melhor, “da função social redentora da aplicação da violência militar à sociedade civil”, nas palavras de Vidal (1989: 125).

O exército, as mulheres e os homossexuais

As políticas em relação à prostituição, que tiveram a influência de Ibáñez ou aplicadas diretamente pelo seu governo, exibem a intenção de controlar essas mulheres que, como explicava Körner, formavam parte vital do exército, sobretudo, tendo em conta que o Chile constituía uma sociedade habituada às prostitutas, e que inclusive as tolerava. No entanto, em outubro de 1925, pouco depois da renúncia de Alessandri e de sua partida do Chile, ou melhor, quando o país se encontrava já sob o poder de Ibáñez, foi estabelecido um Código Sanitário que, em relação à prostituição, aplicava “severas sanções para rameiras e proxenetas” (Vera Sánchez 2004: 15).

A vontade de Ibáñez de conter e castigar esse fenômeno social voltou a se manifestar quando se promulga, em 15 de maio de 1931, um novo Código Sanitário. Em seu artigo 73, o Código estabelecia que “para as pessoas que se dedicam ao mercado sexual, será feita uma estatística sanitária, não sendo permitido o agrupamento em prostíbulos fechados ou em casa de tolerância. A vigilância do cumprimento do inciso precedente ficará a cargo das delegacias de carabineros, que poderão ordenar o fechamento dos locais em que funcionam os ditos prostíbulos” (Vera Sánchez 2004: 16).

Essas medidas de Ibáñez contra as prostitutas refletiam a política pública de repressão contra essas mulheres, cuja conduta permanecia livre e ameaçadora nas ruas e campos do Chile, ou melhor, fora da contenção da domesticidade, já analisada no início deste artigo. O fracasso dessa política demonstra até que ponto a prostituição havia se estabelecido na sociedade, regida pela “degeneração civil”, antes da subida dos militares ao poder.

O desprezo de Ibáñez pelas prostitutas, teve sua contrapartida na violenta repressão contra os homossexuais. A *Historia del ejército* em sua adulação e admiração por Ibáñez nega a perseguição aos seus inimigos políticos, assim como a tortura e o assassinato em massa dos opositores do regime. No entanto, sob seu governo, aconteceram os denominados “afundamentos” dos inimigos da pátria, como os comunistas e os homossexuais, que eram lançados no oceano para que se afogassem^{viii}.

Um dos mais destacados atores, diretores, coreógrafos e autores do Chile, Andrés Pérez estreou sua última obra, “A Huida”¹, com a sua companhia Gran Circo Teatro, escrita, dirigida e protagonizada por ele. O texto gira em torno da perseguição, tortura e assassinato dos homossexuais durante o governo de Ibáñez. Como fonte, o artista se baseou em histórias orais, registradas na região de onde saíam os barcos que jogavam os homens capturados ao mar^{viii}.

Conclusão

No texto, duas realidades, surgidas do cruzamento dos dois eixos selecionados, são ambivalentes. Os mapuches (A+-) e os civis excepcionais, como Balmaceda e Alessandri (C-+), possuem uma das virtudes que conformam a masculinidade hegemônica traçada pelo texto. No caso dos mapuches, sua inata capacidade para a guerra, contudo, não se autossacrificam pelo bem da nação chilena, mas, ao enfrentarem os huincas, buscam a satisfação de seus próprios interesses. No caso dos presidentes Balmaceda e Alessandri, ainda que contassem com a capacidade de se autossacrificar pelo bem da nação, nenhum dos dois contava com o poder de mando, que alcança sua máxima expressão na capacidade militar ou guerreira. Outra realidade (D--) é o terreno do aviltamento, no qual o Partido Comunista, as classes dirigentes e as alteridades, como as mulheres, os homens efeminados e os homossexuais, encarnam os inimigos internos da pátria. Essa realidade teórica fracassa quando a comparamos com a realidade manifesta, pois que, de certa forma, não há evidência de incapacidade militar da classe dirigente ou do Partido Comunista, nem da incapacidade de se autossacrificar pela nação, por parte desses e das alteridades antes mencionadas. De fato, a única razão pela qual se castigam as alteridades, apenas mencionadas no texto (se é que o foram, como no caso dos homossexuais), reside na homofobia como expressão da ameaça que a homossexualidade exerce sobre um grupo, como o exército, no qual o vínculo homosocial, como vimos, impera sobre todos os demais.

A outra realidade teórica (B++), que não se sustenta como realidade, quando comparada com a realidade manifesta, é a capacidade bélica e de autossacrifício próprio, segundo o texto, do exército chileno. A violação sistemática dos direitos humanos, a aliança de Pinochet com políticos de direita, os benefícios econômicos dos militares no poder contradizem a capacidade de autossacrifício exaltada no texto. Sua capacidade bélica não se demonstra nas perseguições, na tortura e nos desaparecimentos de civis. No entanto, no texto, o problema central reside na identidade sexual do exército.

A *Historia del ejército* mantém uma constante tensão, em sua história sobre sua relação com o poder e a sociedade civil. E ainda que não caiba a este trabalho estabelecer uma relação causal, entre a masculinidade melindrada do exército e o exercício de uma violência extraordinária, que nos recorda a masculinidade racista, homofóbica e sexista de Kimmel, por ora e como palavras finais, recordemos que o texto é cativo da matriz heterossexual, denunciada por Butler, e se encontra marcado por um sexo, nas palavras de Wittig, que pretende ser masculino. A análise discursiva revela que esse sexo é constantemente vulnerado e, como tantos outros grupos de homens, o exército fracassa em alcançar a masculinidade hegemônica. Na verdade, historicamente, a instituição percebeu a sua masculinidade como algo altamente questionado, o que é perigoso para uma instituição, na qual o homossexual facilmente pode se tornar homossexual pelo isolamento e proximidade entre seus membros. ■

i. Traduzido por Hercules Quintanilha.

ii. Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*, 11 vol., (Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1980-1985). Ao longo deste artigo, utilizarei como equivalentes “exército,” “instituição militar,” e “forças armadas,” ainda que a obra estudada tenha sido escrita sobre, por e para o exército. Trata-se de resolver um problema de estilo e conseguir uma fluidez mais efetiva na escrita. Além de resolver um problema de estilo, baseio-me na dominação do exército sobre as outras forças na década de 1980. Para esclarecer argumentos, utilizei, também, os trabalhos de outros militares que atuaram como ideólogos das Forças Armadas e do exército, em particular, por exemplo, Alberto Polloni (tenente coronel da reserva), *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional*, (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1972), ou Eduardo Aldunate Herman (major do exército), *Las FFAA. de Chile en defensa del consenso nacional*, (Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile, 1988).

iii. O conceito da diferença sexual frente ao de matriz heterossexual foi defendido pelas feministas do século passado, como Adrienne Rich e as francesas Luce Irigaray e H. Cisoux. À diferença dessas últimas e seguindo o caminho iniciado por Butler, muitas feministas do século XXI buscam superar o conceito de diferença sexual.

iv. Wittig escreve com a finalidade de eliminar os conceitos de sexo e gênero. Ver, Griffin Crowder (2007). O trabalho de Monique Wittig, citado por Butler, é “The Mark of Gender,” *Feminist Issues*, 5(2), 1985.

v. Brian Loveman e Elizabeth Lira (1999: 229-30) explicam que esses abusos e castigos foram tanto para militares como para civis.

vi. Emil Körner, “El desarrollo histórico del Ejército chileno”, citado por Juan Domingo Silva, “La prusianización del ejército de Chile: la primera modernización” em

<http://www.cee-chile.org/estudios/sil03.htm#Anchor-49575#Anchor-49575>

vii. “Fondear”, significa no Chile, atirar na água o corpo de um homem, melhor dito, seu cadáver, com uma pedra pesada amarrada na cabeça”. Manuel Anabalón era um professor de 22 anos que havia fundado a revista *Obra* para “combater as ditaduras que têm assolado sua pátria”. Também era primeiro secretário da Federação de Professores; foi perseguido e vigiado pela polícia até ser detido em 12 de junho de 1932, e levado “a coronhadas” à delegacia de Antofagasta e de lá ao cais, onde foi passado às mãos dos policiais que o embarcaram no navio *Chiloé*, junto com outros trinta professores. Perderam seu rastro até seu cadáver aparecer na baía de Valparaíso, junto com outros desaparecidos. O jornalista Meza Bell da revista “*Wiken*” denunciou, com veemência, esses eventos, acusando do crime o diretor de segurança de Valparaíso, Alfredo Rencoret, “um personagem sinistro que tem estado a serviço de todas as ditaduras depois de Ibáñez até Dávila”. Meza possuía documentos que comprometiam Rencoret como autor material e instigador

do crime junto a todas as forças de segurança de Valparaíso e do país (“Meza Bell que denunció al asesino de Manuel Anabalón, ha sido asesinado a su vez”, *Notas Gráficas*, 22 dezembro, 1932). O jornalista Meza Bell foi raptado na noite de 21 de dezembro de 1932, e depois foi achado assassinado em um subúrbio de Santiago (“Fue imponente el sepelio del periodista chileno asesinado”, *El Mundo*, 23 dezembro, 1932). Quando se mandou prender os agentes da polícia de investigação assim como Rencoret, produziu-se um grave descontentamento entre os membros da polícia, os policiais e as forças militares que se aquartelaram contra a sociedade civil (“Creen haber arrestado al asesino del periodista chileno Mesa Bell”, *El Mundo*, December 30, 1932, p. 3). Ver também, “Fue asesinado en Chile un conocido periodista,” *El Mundo*, 22 dezembro, 1932. As fontes se encontram no acervo da Editorial Haynes.

viii. Conheço diretamente o trabalho de pesquisa realizado por Andrés Pérez e seu Gran Circo Teatro, porque atuei como assessora de história para esta obra, nos anos 2000 e 2001. Assim, fui testemunha presencial da cuidadosa escritura e preparação deste texto e de sua encenação. Pouco tempo depois, uniu-se ao grupo o destacado historiador chileno Alfredo Jocelyn-Holt. Ver, seu Jocelyn-Holt (2001). Em relação à importância e influência decisivas de Pérez, na cena chilena e latinoamericana, consultar: <http://www.grancircoteatro.cl/andres.html> e <http://www.opusgay.cl/1281/article-28025.html>

Bibliografía

Abbot, Megan E. 2002. *The street was mine: White masculinity in hardboiled fiction and film noir*. Nova York: Palgrave Macmillan.

Aldunate Herman, Eduardo. 1988. *Las FF.AA. de Chile en defensa del consenso nacional*. Santiago: Estado Mayor del Ejército de Chile.

Aldunate Phillips, Raul. 1969. *Ruido de sables*. Santiago: Editorial Gracitán Nacional.

Alfaro Muirhead, Christian. 1991. Notas sobre el establecimiento del Ombudsman en el ordenamiento jurídico chileno. *Revista de Derecho, Valdivia*. 2: 61-70, http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09501991000100004&lng=es&nrm=iso

Almeyda Medina, Clodomiro. 1964. El Estado en Chile. *Revista de Derecho Económico*. 6-7.

Alvear Godoy, Aníbal. 1977. *Por los caminos de Chile: ayer y hoy, hechos históricos y anécdotas, 1810-1976 del año veinte*. Santiago: Gráficos Corporación.

Bari, David. 1922. *El ejército ante las nuevas doctrinas sociales*. Santiago, s.e.

Barros Ortiz, Tobías. 1984. *Recogiendo los pasos: testigo militar y político del siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria.

Braun Menéndez, Armando. 1979. *Mis memorias*. Santiago: Editorial Antártica.

Britzman, Deborah. 1995. What is this thing called love? *Taboo: The Journal of Cultural Studies and Education*. 1: 65-93.

Butler, Judith. 1990. *Gender trouble*. Nova York: Chapman & Hall.

Chanady, Amaryll. 1994. Latin American imagined communities and the postmodern challenge. Amaryll Chanady, comp., *Latin American identity and constructions of difference*. Miniápolis, MN: University of Minnesota Press, ix-xlvi.

Cohen, T. H. 2001. *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth.

Correa, Sofía. 2005. *Las riendas del poder*. Santiago: Editorial Sudamericana.

Elias, Norbert. 1994. *The civilizing process*. Oxford; Cambridge, Mass.: Blackwell.

Estado Mayor General del Ejército de Chile. 1980-85. *Historia del ejército de Chile. 11 vols*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército.

Eyzaguirre G., Jaime. 1965. *Fisonomía histórica de Chile e Historia de Chile*. Santiago: Ed. Zig-Zag.

_____. 1967. *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.

Fuentes, Patricia e Waldo Ansaldi. 1994. Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad política del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana. *Cuicuilco*.1(2): 193-229.

Frühling, Hugo, Carlos Portales e Augusto Varas. 1982. *Estado y Fuerzas Armadas en el proceso político chileno*. Santiago: FLACSO.

Garfías Villarreal, Jorge. 1986. *Manuel Bulnes Prieto, general del ejército de Chile, gran mariscal de Ancash y presidente de la república*. Santiago: TT.GG. del Instituto Geográfico Militar de Chile.

Góngora, Mario. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ed. La Ciudad.

González Salinas, Edmundo. 1987a. *Caballería Chilena: su historia guerrera, su evolución y progreso*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército

_____. 1987b. *Reseñas históricas de las unidades e institutos del Ejército de Chile*. Santiago: Estado Mayor General del Ejército, Chile, Biblioteca Militar.

Greimas, A. J. 1971. *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.

Griffin Crowder, Diane. 2007. From the straight mind to queer theory: Implications for political movement. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*. 13(4): 489-503.

Gutmann, Mathew C. 2003. *Changing men and masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press.

Herdt, Gilbert. 1987. *The Sambia: Ritual and gender in New Guinea*. Nova York: Holt.

Ingraham, Chris. 1994. The heterosexual imaginary: Feminist sociology and theories of gender. *Sociological Theory*. 12(2): 203-219.

- Jara, Álvaro. 1981. *Guerra y sociedad en Chile*. Santiago: Ed. Universitaria.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 2001. El drama como "germen" de una nueva sensibilidad: A propósito de La Huida de Andrés Pérez. *Teatrae, Revista de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae*: 14-18.
- Joxe, Alain. 1975. *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Kimmel, Michael S. 2001. Masculinity as homophobia: Fear, shame, and silence in the construction of gender identity. T.F. Cohen, ed., *Men and masculinity: A text reader*. Toronto: Wadsworth, 29-41.
- Leverenz, David. 1991. *The last real man in America: From Natty Bumppo to Batman*. *American Literary Review*. 3: 753-781.
- Liendro Zingoni, Eduardo. 1998. Masculinidades y violencia desde un programa de acción en México. Teresa Valdés e José Olavarría, eds., *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA, 130-136.
- Loveman, Brian e Elizabeth Lira. 1999. *Las suaves cenizas del olvido. vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*. Santiago: LOM Ediciones-DIBAM.
- Marcus, Sharon. 2005. Queer theory for everyone: A review essay. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 31(1): 191-218.
- North, Lisa. 1966. *Civil-military relations in Argentina, Chile and Peru*. Berkeley, CA: Institute of International Studies.
- Oehling, Herman. 1977. *La función política del ejército*. Santiago: Memorial del Ejército, edición especial y limitada, Biblioteca del Oficial, Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones Internas del Ejército, Sección Publicaciones Militares.
- Olavarría, José. 2000. De la identidad a la política: Masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. José Olavarría y Rodrigo Parrini, comp., *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Santiago: FLACSO-Chile, 11-28.
- _____. 2001. *Hombres, identidades y violencia: 2º Encuentro de Estudio de Masculinidades*. Santiago: FLACSO, UAHC, Red de Masculinidades.
- Prats González, Carlos. 1985. *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago: Editorial Pehuén.
- Peri Fagerstrom, René. 1980-81. *Los batallones Bulnes y Valparaíso en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Imprenta de Carabineros.
- Polloni, Alberto. 1972. *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Ravest Mora, Manuel. 1979. *Juan Martínez, comandante de los mineros del Atacama*. Santiago: Mutual de Seguridad C.Ch.C.
- Roudinesco, Elizabeth. 2002. *La familia en desorden*. Buenos Aires: FDC.
- Saez, Carlos M. 1933. *Recuerdos de un soldado*. Santiago: Ercilla.
- Savran, David. 1992. *Communists, cowboys and queers: The politics of masculinity in the works of Arthur Miller and Tennessee Williams*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Sedgwick, Evelyn Kosofsky. 1985. *Between men: English literature and homosocial desire*. Nova York: Columbia University Press.
- _____. 1990. *Epistemology of the closet*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Sepúlveda Rojas, Arturo. 1980. *Así vivieron y vencieron. la logística del ejército chileno durante la Guerra del Pacífico: sus servicios auxiliares o anexos*. Santiago: s.e.
- _____. 1986. *Relatos militares*. Santiago: Empresa Industrial Gráfica.
- Subercaseaux, Bernardo. 2007. Raza y nación, el caso de Chile. *A Contra Corriente: A Journal on Social History and Literature in Latin America*. 5(1): 29-63. http://www.ncsu.edu/acontracorriente/fall_07/documents/Subercaseaux.pdf
- Sumara, Dennis e Brent Davis. 1999. Interrupting heteronormativity. *Curriculum Inquiry*. 29(2): 191-208.
- Téllez, Indalecio. 1944. *Una raza militar*. Santiago: Imprenta La Sudamericana.
- Torres Marín, Manuel. 1985. *Quintanilla y Chiloé. la epopeya de la constancia*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Tyler May, Elizabeth. 1988. *Homeward bound: American families in the Cold War era*. Nova York: Basic Books/ Harper Collins.
- Valdés, Teresa e José Olavarría. 1998. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago: FLACSO, UNFPA.

- Valdivia, Verónica. 2003. *El golpe después del golpe*. Santiago: Editorial Lom.
- Varas, Augusto. 1988. *Los militares en el poder*. Santiago: FLACSO.
- Varas, Augusto e Felipe Agüero. 1984. *El proyecto político militar*. Santiago: FLACSO.
- Vargas Lonfat, Pedro. 1988. *Chile objetivo del terrorismo*. Santiago: Ed. Instituto Geográfico Militar.
- Vera Sánchez, Jessica. 2004. *Tres prostitutas en el teatro chileno (La Chepita, la Pepa de Oro y la Negra Ester)*. Tese para obter o título de atriz, Departamento de Teatro, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Vial, Gonzalo. 2001. *Historia de Chile. Vol. 3*. Santiago: Zigzag.
- Vidal, Hernán. 1989. *Mitología militar chilena. surrealismo desde el superego*. Miniápolis, MN: Institute for the Study of Ideologies and Literature.
- Wittig, Monique. 1979. Paradigm. Elaine Marks y George Stambolian, comps., *Homosexualities and French literature: Cultural contexts/critical texts*. Ithaca: Cornell University Press.
- _____. 1985. The mark of gender. *Feminist Issues*. 5(2): 3-12.
- Wyatt-Brown, Bertram. 1983. *Southern honor: Ethics and behavior in The Old South*. Nova York: Oxford University Press.
- _____. The mask of obedience: Male slave psychology in the Old South. *The American Historical Review*. 93(5): 1228-52.